



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VIII - Nº 81 Enero de 2025



*Vigilancia y pugnacidad
en pro de la Santa Iglesia*

Lección de vigilancia



*Alcázar de Segovia,
España*

Ángel Sanz Andrés (CC3.0)

iCuando vemos aquellos castillos altaneros de la Edad Media, erguidos en regiones fronterizas para impedir el avance de los moros, tenemos la impresión de que esas fortalezas aún están palpitando de las batallas y que sus piedras pulsan como corazones!

Pero las personas no recuerdan la lección de providencia que hay allí. Nadie construye un castillo cuando el adversario está atacando. Aquellas fortificaciones fueron construidas en los intervalos de paz. Porque aquella gente no era de un optimismo tonto: en el periodo de paz prevenía los ataques y edificaba sus defensas.

Así debemos ser nosotros. Nuestra fortificación debe ser hecha en la paz, en la tranquilidad de la vida de todos los días. Así erguimos nuestros castillos combativos y espléndidos, contruidos en la hora de la paz, pero volcados para la lucha.

(Extraído de conferencia del 18/6/1986)

Sumario

Vol. VIII - No. 81 Enero de 2025



En la portada,
Dr. Plinio en 1986.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://cabalerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

- SEGUNDA PÁGINA**
2 *Lección de vigilancia*
- EDITORIAL**
4 *Argucia maternal y amorosa*
- PIEDAD PLINIANA**
5 *¡Tened, una vez más, pena de mí!*
- DOÑA LUCILLA**
6 *Como una torre de marfil*
- DE MARIA NUNQUAM SATIS**
10 *Súplica ardiente, filial, magnífica y respetuosa*
- ECO FIDELÍSIMO DE LA IGLESIA**
14 *La quintaesencia de la pureza de corazón: el espíritu de prontitud*
- REVOLUCIÓN INDUSTRIAL**
18 *Recelosos y vigilantes ante los nuevos movimientos de la Revolución*
- SANTORAL**
22 *Santos de Enero*
- HAGIOGRAFÍA**
24 *San Basilio de Cesarea, campeón de la fe*
- LA SOCIEDAD ANALIZADA POR EL DR. PLINIO**
27 *Desconfianza, vigilancia, pugnacidad*
- LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA**
33 *Reflexiones junto a la Playa de Zé Menino*
- ÚLTIMA PÁGINA**
36 *A los pies del trono de Dios*



Argucia maternal y amorosa

Poseer un espíritu perspicaz es una necesidad imperiosa en nuestro siglo. Sin embargo, ella se verificó imprescindible en todos los siglos, porque el espíritu de las tinieblas fue siempre disimulado y falso. Constituyen verdaderas excepciones las épocas históricas en que la impiedad dejó de lado todos los disfraces para lanzarse abiertamente contra la Santa Iglesia. En general, sus embestidas fueron camufladas y subrepticias. El demonio nunca es tan peligroso como cuando se reviste de la apariencia de los ángeles fieles.

No es otra la razón por la cual la Santa Iglesia de Dios fue siempre de una invencible astucia en desenmascarar las herejías disfrazadas y sutiles, y llama la atención notar que en esa argucia pertinaz y combativa ella colocó las más suaves refulgencias de su santidad.

La argucia de la Iglesia nada tiene de común con la perfidia malévola del politiquero desleal, del especulador sin entrañas, del espía sin escrúpulos. El espíritu católico no comporta odio ni malevolencia, sino solo amor. La vigilancia de la Iglesia es idéntica a la de una madre que, movida por el amor a sus hijos, sondea constantemente con su mirada vigilante los peligros que rodean a los hijos, a fin de discernir el enemigo que se aproxima.

El propio amor materno le impone que se revista de vigilancia y de energía para defensa de sus hijos, y que se esmere en hacerlo con toda la eficiencia necesaria, con todo el lujo de detalles exigido por la circunstancia, con toda la perfección de los recursos a su alcance.

Esta argucia amorosa hace parte de las más auténticas tradiciones de la Iglesia. Leamos las actas de los Concilios, las definiciones doctrinarias de los Pontífices, los juramentos impuestos por la Iglesia a sus sacerdotes, y notaremos que fueron redactados con una finura sin igual, para desenmascarar el error en sus más imperceptibles y ligeras manifestaciones, y para definir la verdad con una precisión de términos cultivada por la Iglesia como un arte indispensable, manifestando la difícil aptitud de encontrar para cada pensamiento la palabra adecuada, y de definir los términos antes de emplearlos, con el objetivo exclusivo de impedir que cualquier parcela de error se mezcle con la verdad.

Si así es la Iglesia, así debemos ser nosotros. Bien conocidos los principios errados, bien conocidas, sobre todo, las verdades que se oponen a esos principios, el católico deberá adiestrar su espíritu en la búsqueda de todas las consecuencias próximas o remotas, directas o indirectas, que tales principios pueden engendrar.

Así siendo, él deberá tener una idea nítida, no únicamente de las opiniones que coliden con las verdades fundamentales expuestas por el Magisterio, sino también de las opiniones simplemente sospechosas de herejía. Y, entonces, habrá adquirido, con el auxilio de Dios, el sentido católico, una de las gracias que más debe ambicionar un hijo de la Iglesia digno de este glorioso nombre.

El sentido católico será el farol del apóstol que quiera ser, de hecho, un pastor perspicaz y vigilante en unión y bajo las órdenes de la Santa Iglesia de Dios. Será el sentido católico que hará con que él note los más ligeros resquicios de error, las más disimuladas manifestaciones del mal y –don inestimablemente útil y noble– hasta discernir en las personas, mediante una percepción intelectual muy sutil y nítida, el pésimo hálito de la impureza y de la herejía.

Esta gracia, el Espíritu Santo no la niega a los que, para obtenerla, ofrezcan a Dios, en unión con María, una vida casta, alimentada por oraciones humildes y guiada por un amor y una confianza sin reservas en la Santa Iglesia Católica.*

* Cf. O Legionário n 298, 29/5/1938.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Aparición de la Virgen a San Francisco de Asís - Museo Nacional de Arte de Cataluña

CC1 (CCS.0)

¡Tened, una vez más, pena de mí!

“Madre mía, Vos veis más que yo mis defectos, sin embargo, Vos me amáis con un amor que yo no sé medir. Tened pena de mí, perdonadme y ayudadme una vez más, dadme una gracia más. Yo sé que soy débil y que estoy abusando de vuestra bondad, ¡pero tened, una vez más, compasión de mí! ¡Y ayudadme una segunda vez más, Madre mía, y cincuenta veces más! ¡Levantadme hasta Vos, hasta vuestro Corazón Sapiencial e Inmaculado, para que así me acerque a Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, mi Redentor!”

(Extraído de conferencia del 19/2/1989)

DOÑA LUCILIA

Como una torre de marfil

Mediante la realidad insondable que caracteriza la relación entre madre e hijo, el Dr. Plinio compone algunas metáforas, a fin de poner en palabras su profunda unión de alma con Doña Lucilia.

En un caleidoscopio hay cierta distancia entre la vista de la persona y la placa donde suceden los juegos de los vidriecillos coloridos. Este espacio intermedio está enteramente vacío, protegido por una envoltura propia a evitar que luces extrañas penetren allí y perturben la visión, la cual, a su vez, es tan inmediata, que no puede ser dividida en etapas.

Moviendo circularmente los vidriecillos, se tienen impresiones nuevas: no obstante, se trata de una visión sucesiva de cosas ya antiguas

que se reagrupan de modos diversos y causan sorpresas.

Así era el alma de mi madre, en la visión de su hijo.

Relaciones entre madre e hijo

Cuando un niño es pequeño, el primer "caleidoscopio" que ve, más que a su padre, es su madre: la madre inclinándose sobre él, mirándolo con aquella comprensión entre madre e hijo, madre e hija. Cada mirada penetra en la del otro, como la mirada de aquel que divisa el caleidoscopio y entra a fondo en los vidriecillos.

Podríamos imaginar algo más sorprendente: un caleidoscopio en cu-

yas extremidades hubiese dos personas, cada cual viendo fijamente a la otra.

Es una hipótesis que incluso no es agradable, pero se puede imaginar para efectos didácticos; mirándose continuamente y sin cesar, acaban teniendo alguna cosa que es siempre la misma, pero, por causa de lo movedido de la mirada humana, de la influencia de las pasiones sobre la exposición del globo ocular, de los músculos que se distienden, que se tensionan, siempre habría algo para decir. Así era mi intercambio de miradas con Doña Lucilia.

Yo no me acuerdo de la primera vez que la vi y noté quién era ella; pero me acuerdo bien de un conjun-



Archivo Revista

to confuso de impresiones primarias a su respecto, las cuales me hacían sentir los torrentes de un afecto tan razonable, que yo percibía cuánto ella amaba el hecho de que yo fuese un niño inocente –como, a propósito, son todos los niños en esa primera edad–. Ella, sin embargo, comprendía el valor de esa inocencia y, por otro lado, tenía una percepción especial, alegre, jubilosa de lo que es ser una madre.

¿Cuál era el factor que me vinculaba a ella y ella a mí? ¿Cuál era esa relación que el orden natural de las cosas había establecido entre nosotros, madre e hijo?

Ella sentía muy bien las semejanzas de temperamento y de modos de ser que poseíamos. Y de mi parte, mirándola, tenía la impresión de verme reflejado en un enorme espejo, pero en una especie de arqui-yo mismo, porque ella me miraba con una complacencia que yo no podría tener.

Como ella, inadie!

Yo tenía una sensación de honestidad de mi madre, porque ella era para mí absolutamente única. Yo tenía muchos otros parientes: mi padre, mi hermana pequeñita, que ya me veía con curiosidad infantil; tenía tíos, tías, toda la familia. Pero, cuando mi madre entraba en contacto conmigo, percibía que había algo excepcional, en el sentido de que nadie me quería como ella, pero también de que las otras personas entre sí, no tenían el grado de bienquerencia que ella me dispensaba.

No quiere decir que yo no juzgase buenas a las otras personas, sino que, icomo ella, absolutamente nadie! Esto se daba confusamente, pero la idea que me fijaba era esta: ella es única. Y tuve con relación a ella todas las formas de bienquerencia.

Por ejemplo, el mismo día de mi viaje a Europa, en abril de 1950, arreglé todo para que le entregaran dos cestas de flores en horas diferentes, cada una con una carta. Y a lo largo de la vida, cien otras manifestaciones de cariño diferentes. Todo eso refleja, en el fondo, esa convicción que llevaré hasta la sepultura: para mí, ella es única. De manera que, si ella me llegase a faltar, para mí sería como si el sol se apagase.

Sin embargo, aunque su bondad haya despertado en mí un afecto tan inmenso, no puedo dejar de notar que, si había algo que ella no tenía, era la idea de volverse insustituible. Por el contrario, por su presencia y acción, por el modo de relacionarse conmigo, notaba la siguiente preocupación: “¿Qué será cuando yo muera? Plinio, al casarse, estará bien, tendrá su hogar; pero si no se casa, ¿cómo será?” Mi soledad la preocupaba.

No obstante, poco a poco percibí que esa aprensión fue cediendo, porque ella comprobó que la formación religiosa que me había dado, me llevó a fundar la TFP. Y que ella, al abandonar este mundo, dejaba en torno de mí un inmenso hogar, dentro del cual me sería tan grato recordar su figura.

Profunda aflicción con el accidente de Doña Lucilia

Cuando yo era aún pequeño, tenía unos siete u ocho años, tal vez ni eso, ella sufrió un accidente. Ella había estado en la oficina de mi padre, en el centro de la ciudad, para tratar algún asunto con él y después fue al dentista, al frente, en el mismo piso del edi-

ficio. Al bajar la escalera –muy empinada– para salir, se resbaló.

A fin de no rodar gradas abajo, se agarró en una de las pequeñas columnas que soportaban el pasamanos; al hacer esto, sufrió un dislocamiento muy fuerte en el brazo; creo que tuvo que ir al hospital para enyesarlo, y después volver a casa.

Yo estaba en casa y percibí, en cierto momento, un corre-corre entre los más antiguos, decían cosas en voz baja para que yo no escuchase. Ahora bien, todos fuimos niños, y sabemos que, en esas circunstancias, queremos absolutamente saber qué está sucediendo. Y acabé percibiendo que le había pasado algo muy grave a mi madre; ella llegaría a casa en ambulancia.

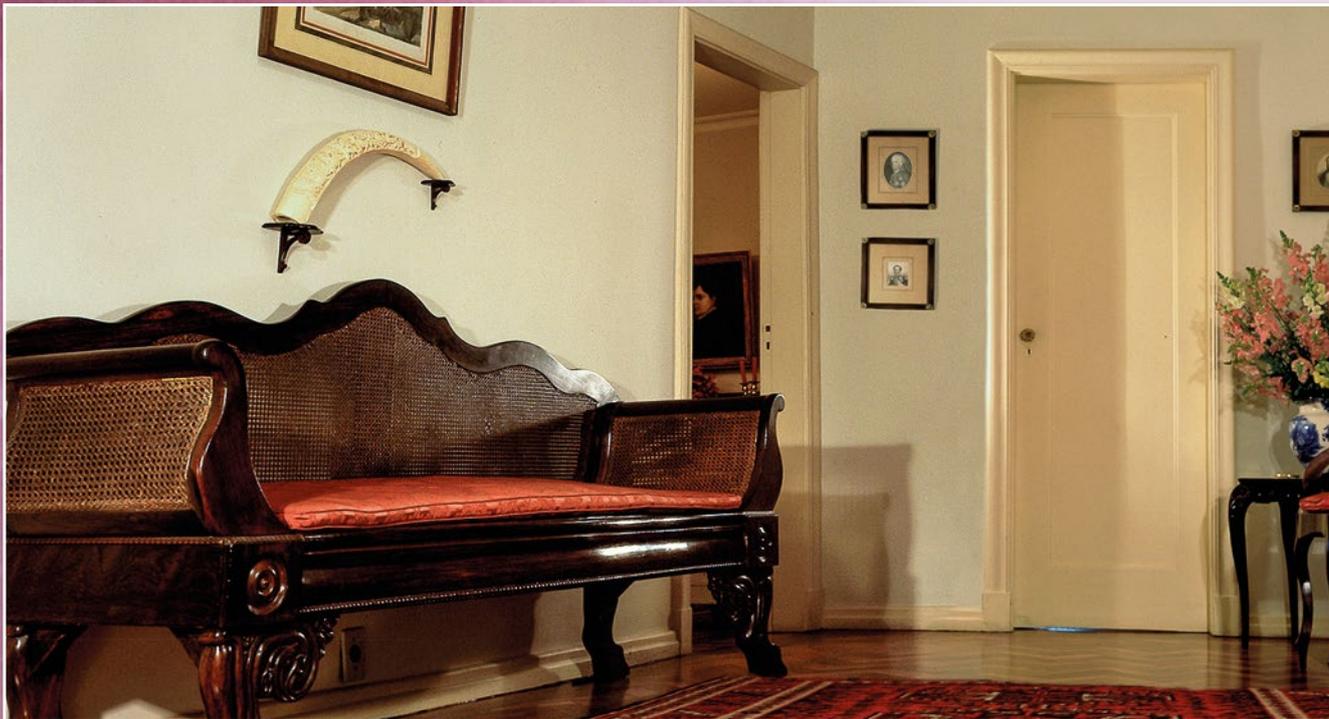


Archivo Revista



Caleidoscopio

Plinio a los 4 años de edad



Hall de entrada al apartamento del Dr. Plinio

Yo tenía una idea infantil de que la ambulancia era el transporte de los agonizantes y me vino la noción de que ella podría morir. Me dio una enorme inquietud.

Me dejaron en la oficina de mi padre, un cuarto común con dos o tres puertas, una de las cuales quedaba libre. Me acuerdo que comencé a andar de un lado a otro, muy preocupado, y en ciertos momentos corría desde el fondo de la sala, saltaba y le daba un puntapié a la puerta, procediendo así un número incontable de veces. Era la reacción característica de un niño, pero indicaba muy bien el nerviosismo y la aflicción en que yo estaba.

Yo no quería que ella muriese. Me acuerdo de que, al final, me fui apaciguando y comprendí que no se trataba de un peligro de vida, era solo un accidente, y lo que ella tenía que sufrir ya lo había sufrido, las cosas volverían a la normalidad. Dormí durante la noche normalmente, pero aquella idea de que ella me pudiese faltar, me dejaba totalmente asfixiado.

Solicita en ayudar, hasta después de la muerte

Comparo esa ocasión con lo que me sucedió cuando el médico que asistía a mi madre en sus últimas horas de vida, entró en mi cuarto y me dijo: “Dr. Plinio, si Ud. quiere alcanzar a Doña Lucilia con vida, venga enseguida, porque ella se está muriendo”.

Yo había sufrido una amputación en aquellos días, y andando como podía, entré en el cuarto de mi madre. Cuando llegué, el médico anunció: “Ella ya murió”. Prorrumpí en un gran llanto... Pero, cierta paz invadió mi alma; la besé y fui a mi cuarto, a fin de hacer mi *toilette*.

Sentí una tranquilidad de alma que era como una ayuda que ella misma me daba. Ella, insólita hasta en ese punto! Era manifiesto que era un movimiento de la gracia; fue solo aceptar, isomos siervos de la gracia!

De ahí en adelante, la figura de ella pasó como que viva de esta vida para mi alma. Me acuerdo de ella frecuentemente –las reflexiones que

estoy haciendo muestran bien eso–, pero sin lamentos, ¡eso no! Delante de mí hay un nuevo horizonte en la punta del cual está Nuestra Señora, está la Santa Iglesia Católica. No llega a ser nuevo, pero es un horizonte en el cual fui criado y, por acción de ella, incluso antes de saber decir “papá” y “mamá”, yo sabía decir “Jesús” y “María”.

Con su ausencia causada por la muerte, ella pasó a residir en este horizonte mío, el cual debo encontrar cuando llegue mi vez, mi turno de cerrar los ojos y entrar en la eternidad.

A semejanza de una pieza de marfil

En mi madre había un aspecto difícil de describir, pero creo que mediante una metáfora se lo puede comprender bien.

Ella no era una persona normalmente descolorida, como son algunas almas que, con el impacto de un hecho relevante, extraordinario, se encienden y solo entonces muestran lo que realmente son. Es decir, me-

diante un gran dolor o una gran alegría, se enciende en esas almas una luz interna y lo grisáceo común de la vida de todos los días se sustituye por manifestaciones; o *élans* de vulgaridad, o de elevación de espíritu.

El crimen y la santidad pueden igualmente revelarse en ocasiones así. Hay, sin embargo, otras personas que no son así; podríamos juzgar erróneamente que son monótonas, pero no es verdad.

Doy como ejemplo el marfil. Tengo en mi casa una bonita pieza de marfil, la cual veo siempre que entro en casa, porque queda en una pared bien frente a la puerta; no me detengo a considerarla, pero de paso me agrada mirarla. Es siempre la misma pieza dura, pura, alba, con aquella forma específica de la punta del diente de elefante; pesada, pero con aspecto de ligera. Para mí, ella no es monótona, y sería una pérdida si dejase de verla, porque las cosas de calidad, cuando son de un solo tono,

dimanan un tono bonito de muy alta categoría, el cual por nada se desea mudar.

Almas “caleidoscópicas”, almas ebúrneas

Hay, por lo tanto, una diferencia muy grande entre el caleidoscopio y una pieza de marfil: el primero es bonito, tiene unos colorcitos y moviendo la placa nos deleitamos con las sorpresas; por su parte, la pieza de marfil es permanente, con su blancura, lisura y dureza que le son peculiares.

En este sentido, hay ciertas almas caleidoscópicas y conforme la situación de cada momento es agradable analizarlas; y hay también una categoría de almas ebúrneas, de marfil.

Es lo que está contenido en las Letanías de Nuestra Señora,

Turis Eburnea. ¡Cómo Nuestra Señora merece ser llamada Torre de Marfil! En un grado indeciblemente inferior al de María Santísima, se puede afirmar que el alma de Doña Lucilia era ebúrnea.

La misma siempre, del mismo modo, con la misma bondad, la misma acogida, el mismo perdón; al mismo tiempo, teniendo siempre un juicio serio y objetivo: “Esto lo hiciste bien, aquello lo hiciste mal, porque el bien es el bien y el mal es el mal”.

Recomponiendo las impresiones y sensaciones, es lo que me viene a la memoria. ❖

*(Extraído de conferencia del
30/12/1994)*



El Dr. Plinio durante una conferencia en diciembre de 1994



Súplica ardiente, filial, magnífica y respetuosa

En medio del mar agitado de tentaciones y pruebas que caracterizan nuestra trayectoria hacia el Cielo, María Santísima es la Estrella cuya luz resplandece en la noche de los infortunios. Ella es la Madre tiernísima, consoladora y esperanza en todos los momentos y etapas de nuestra vida espiritual.

Virgen Refugio de los Pecadores – Iglesia de Santa María de Porto Salvo, Isla de Isquia, Italia

Hay una oración a Nuestra Señora –la cual reputo una verdadera maravilla– sacada de un libro atribuido a Tomás de Kempis¹, autor de la *Imitación de Cristo*, obra maestra de unción, teología y piedad.

Antes de considerarla, es necesario que tengamos presente lo siguiente: a lo largo de la vida espiritual, el alma pasa por varias desolaciones, de modo culposo o no, que la abaten, la postran y tienden a quitarle el ánimo.

Estados de prueba interior en la trayectoria de las almas hacia el Cielo

Algunos autores de vida espiritual sustentan la tesis de que lo peor del

pecador no es el pecado, sino el estado de desánimo al cual queda reducido después de una caída y la falta de coraje para aproximarse a Dios Nuestro Señor como un verdadero hijo.

Hay almas pecadoras que prevarican y se ahondan en la postración y en el abatimiento. Hay otras que no pecan propiamente, en el sentido de cometer una acción directamente contraria a los Mandamientos, pero acaban por caer en la tibieza. Esa es la caída más inopinada y frecuente en la vida espiritual: el fervor va en “alta mar” y, de repente, sobreviene la tibieza, y la llama va disminuyendo hasta extinguirse. Todo se transforma en tedio, monotonía y desinterés: todo es aridez, desolación y sequedad de espíritu.



Tomás de Kempis

zeitgenössischer Maler (CC0.0)

Flávio Lourenço

A veces esto se da por el hecho de haber consentido en un pecado de tibieza, pero también puede constituir una prueba, de la cual no se tiene culpa alguna. Esos son los estados trágicos por los cuales la persona pasa y que constituyen la trayectoria hacia el Cielo. Atravesándolos de modo victorioso, el alma alcanza la gloria celestial.

Especialmente durante esas etapas difíciles, Nuestra Señora es invocada como la “Estrella del Mar”, de aquel mar nocturno y agitado de todas las olas, con fuertes vientos y vendavales. Ella es la Estrella que nos guía y nos salva de las varias tempestades y maremotos de nuestra vida espiritual.

Teniendo esto presente, contemplemos la oración, colocándonos en la perspectiva de un alma pecadora o tibia; o del alma inocente, atribulada y asolada por la desolación de los grandes vendavales de la aridez.

Reina llena de gracias y Virgen serena

Yo te saludo, María, llena eres de gracia, Virgen serena, esperanza singular...

María está llena de gracia y tiene de modo superabundante todo lo que necesitamos. Nuestra actitud equivale, por lo tanto, a la de un mendigo que se dirige a una reina riquísima: “Yo os saludo, Majestad, Señora de todas las riquezas del reino. Mi miseria os presta homenaje e implora vuestra misericordia”. Es una bonita condición de humildad y confianza.

...Virgen serena...

¡Ella es tan serena, tan plácida! Hasta en el momento tremendo del *Consummatum est*, se conservó virginalmente serena junto a la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Si estoy conmovido, agitado, probado, afligido, atormentado, debo poner mis ojos en su semblante pacífico y esperar que haya una transfusión a mí de algo de su serenidad.

Esperanza suprema, tierna Madre de los huérfanos

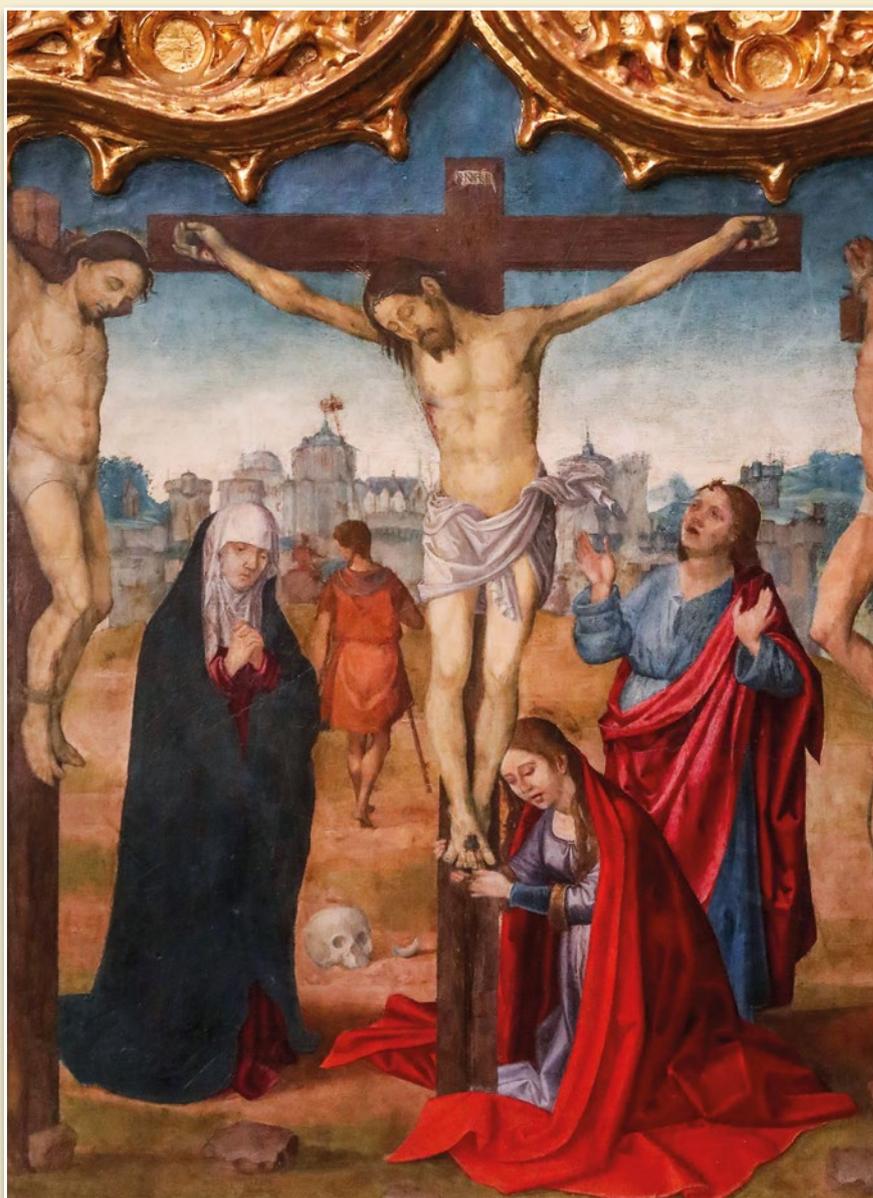
...esperanza singular de los infelices...

Singular aquí quiere decir la esperanza suprema. Como Nuestra Señora es la única esperanza, en Ella confían los más desventurados, aunque se vean en situaciones irremediables en las cuales no tienen razón para esperar, por toda especie de motivos.

...tierna Madre de los huérfanos, os saludo.

¿Por qué “huérfanos”? Como consecuencia del pecado original, el ser humano es huérfano, porque vive en esta Tierra lejos de Dios. Nuestra Señora es precisamente la tierna Madre de todos los huérfanos. Por eso los ojos se vuelven hacia Ella como diciendo: “en mi orfandad, como en la de todos los hombres, porque de todos sois Madre”.

¡Cuánta belleza y cuánta esperanza están contempladas en esa oración!



Flávio Lourenço

Crucifixión – Iglesia de Santiago, Villarreal, España



Socorro y fortaleza de los débiles

Cuando toda la sabiduría y toda la fuerza se retiran de mí, y en nada me puedo apoyar...

Nuestra Señora, Estrella del Mar – Iglesia María Estrella del Mar, Los Ángeles, EE.UU.



Agnaldo Cidro

Flávio Lourenço

Es el alma pecadora, de la cual la sabiduría y la fortaleza se retiran, y no tiene dónde más apoyarse.

...cuando el tedio de la vida presente y la angustia del corazón me estrechan tan fuertemente, que yo casi no puedo hacer nada en este mundo...

Se trata del alma que cayó en el aburrimiento, a veces sin culpa propia, y siente el peso de la vida, donde la práctica de la virtud se vuelve supremamente difícil y monótona.

...cuando el sol de la alegría desapareció y una noche de temores y tristeza...

Es la situación del alma que otra fue alegre, pero vinieron tentaciones, las pruebas y el sol del regocijo sobrenatural desapareció; reina la noche de temor y tristeza, semejante a la de la agonía de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Podría haber algo peor?

De un lado la prueba, y de otro las tendencias ruines que crecen y se agitan en su interior; y el miedo de ser sumergida en la tentación.

Madre y Consoladora de los afligidos

También cuando una adversidad se agiganta o llega una enfermedad imprevista, enfermedad que hace sufrir, enfermedad que abate y enfermedad que lleva consigo el espectro de la muerte.

La muerte en sí es un castigo y, salvo una gracia especial, los hombres la temen. Cuántas y cuántas veces las sombras de la muerte nos circundan por todos lados en la inminencia de envolvernos. Nos viene la idea de nuestra muerte, la muerte de algún próximo a quien amamos... Esas sombras van cercándonos, como una especie de crepúsculo que posa sobre nosotros.

Cuando todos esos males caen sobre mí, ¿hacia dónde huiré?

Quien sufre males, tiene ganas de huir, es evidente.

¿Hacia qué lado me volveré sino hacia Vos, buena Consoladora de los pobres?

Aquí la palabra consolación tiene dos sentidos. En primer lugar, consolar significa dar fuerzas. O sea, a aquellos que son débiles, que no tienen fuerza en sí mismos, pero saben que rezando alcanzarán esa fuerza y las piden para resistir; Nuestra Señora es quien da las fuerzas.

Hay también otro sentido que no es solo la fuerza para luchar, sino el cariño, el afecto, la dulzura que penetra en el alma para compensar tanta amargura y tristeza, tanta prueba. Es una sonrisa de la Santísima Virgen para el alma. Ella es la *Consolatrix afflictorum*.

María, Estrella brillante del mar

¿En cuál horizonte fijaré mis ojos para alcanzar el puerto, sino en Vos, Estrella brillante del mar, que siempre resplandecéis y no escondéis jamás la luz de vuestra gracia?

En la noche de los infortunios, Ella es la Estrella cuya luz resplandece siempre y guía a los navegantes.

Oh María, ¡Madre suave y bienamada! Sí, Vos sois la Estrella brillante del mar; Vos que consoláis a todos aquellos que os contemplan y os llaman, y los conducís luego al puerto de la tranquilidad...

En tiempos remotos, los navegantes se guiaban por las estrellas, particularmente por una, cuya presencia les señalaba el camino durante la noche, de manera que, en la inmensidad del océano, aquellos barquitos no tenían otro rumbo sino mirarla. Nuestra Señora, en la terrible navegación de la vida, es nuestra Estrella del mar.

...yo me refugio cerca de Vos. Si estáis cerca de mí, mi gloriosa Señora, ¿quién será contra mí?

Por lo tanto, si nos refugiamos junto a Nuestra Señora y nos colocamos bajo el manto de su protección, el demonio nada podrá contra nosotros.

Y si concedéis vuestra gracia, ¿quién la podrá rechazar?



El Dr. Plinio en Aparecida del Norte, en diciembre de 1968

Ahora bien, Ella siempre concede gracias; se trata de que nunca las rechazemos.

“¡Decidme que Vos sois mi Madre!”

Extended, pues, vuestros brazos sobre mi cabeza, para que yo me refugie bajo su sombra.

¡Qué gesto, qué intimidad bonita! Pedir a Nuestra Señora que extienda sus manos sobre mi frente exhausta, cansada, preocupada, sufridora y eso bastará.

Decid a mi alma: “Yo soy tu Abogada, nada temas. Como una madre consuela a su hijo, así Yo te consolaré.”

Es propio de la devoción mariana oír esa palabra interior que Nuestra

Señora comunica a las almas de un modo misterioso. No hay alma verdadera marial que no haya sentido en sí algo de esa moción interior. ¡Es la voz inconfundible de la Virgen!

Entonces, se sigue el pedido: “Por esta voz misteriosa que no alcanza los oídos, pero llena el alma, ¡decidme que Vos sois mi Madre y solo entonces seré tranquilizado!”

Es una súplica ardiente, filial, magnífica y respetuosa a la Santísima Virgen. ❖

(Extraído de conferencia del 25/5/1968)

1) *Imitación de María*, Libro VI, cap. II.



La quintaesencia de la pureza de corazón: el espíritu de prontitud

El estado de alerta católico fue ya definido por Nuestro Señor Jesucristo: “Vigilad y orad para que no caigáis en tentación”. A todo momento pueden suceder cosas que representen para la Iglesia la necesidad de tomar una posición extrema. Y el verdadero católico debe estar interiormente movilizado y preparado para cuando eso suceda.

El estado de prontitud es un estado por el cual el individuo, en primer lugar, reconoce ser soldado de una Causa. Ese estado tiene un presupuesto militar y significa que tomamos en relación con la causa católica la posición mental y la actitud mental que el militar ejemplar debe tomar en relación con la Patria.

La Iglesia es el alma de nuestra Patria

En cierta ocasión, recuerdo haber asistido a una conferencia de un sacerdote belga, el cual decía algo muy verdadero: “¡Nosotros debemos tener el patriotismo de nuestra religión!”

En último análisis, cuando se trata de patriotismo, todo el mundo concibe los mayores sacrificios, la

necesidad de los mayores empeños y generosidades, en la medida en que los intereses de la patria lo exijan.

En términos diferentes, si oyéramos hablar, por ejemplo, que alguien invadió el territorio de Mato Grosso, consideramos una felonía rehusar nuestra sangre a la Patria. Todo el mundo renuncia a las actividades corrientes, comprendiendo que debe arriesgar su vida. Todos se dejan confiscar por el ideal patriótico y marchan hacia la frontera. Los padres renuncian a la vida de sus hijos, las esposas a la de sus esposos. Las mayores desgracias, los mayores sacrificios son considerados normales y el rechazo en ese sentido es tenido como una traición.

Ahora bien, sucede que la Iglesia Católica es más que nuestra propia Patria, porque es ella la que nos lleva al Cielo, nuestra Patria definiti-



va. Por tanto, la Iglesia es el alma de nuestra Patria.

El cuerpo del Brasil es el territorio, el pueblo, la lengua; pero el alma del Brasil es la Religión Católica. El día en que Brasil dejara de ser católico, idejaría de ser Brasil! De manera tal que debemos tener en relación a la Iglesia un sentimiento que está en la línea del patriotismo. Sin embargo, es incomparablemente más que patriotismo, porque es un sentimiento de orden sobrenatural, que mira a un ideal divino. La patria es una realidad terrena, transitoria, temporal. La Iglesia es una realidad espiritual, sobrenatural, eterna. Por tanto, nosotros vamos a pasar de la Iglesia militante a la Iglesia gloriosa, sin embargo, si Dios quiere, nunca dejaremos de ser hijos y miembros de la Iglesia.

Por todas estas razones conjugadas, nos debemos considerar frente a la Iglesia con deberes análogos, de una naturaleza intrínsecamente superior y más noble, de los que aquellos que el sentido común indica para el hombre en relación a su propia patria.

Frente a la Iglesia, la posición de brío y de honor

Ahora bien, en el presente momento –y yo nunca me cansaré de insistir en esta idea–, la Iglesia es como la Patria invadida de todos lados. Si nuestro país estuviese en la situación en que está la Iglesia, deberíamos imaginar a la ciudad de Río de Janeiro, por ejemplo, sitiada, con todo el resto del país ocupado y con la traición campeando allí dentro.

Es decir, en el último extremo del más tremendo apuro, de la angustia, de la aflicción más completa, del peligro más total, es así que podemos pensar en la situación de la Iglesia. Es el esquema de la traición, de la audacia y de la entrega conjugados que se desarrolla, y que ya se encuentra en sus últimas etapas. Cuando la Iglesia



Oración en el Huerto de los Olivos. Basilica de Santa Catalina de Alejandría, Galain, Italia

está en estos términos, debemos estar en estado de prontitud.

¿Qué llamo estado de prontitud? ¡Es un imperativo de conciencia, de brío y de honor! ¡Nosotros nos consideraríamos unos desvergonzados si, puesto Brasil en un estado análogo, no estuviéramos dispuestos a hacer algo por él!

Pues bien, *a fortiori* seríamos unas personas sin brío, unos desvergonzados, unos individuos sin sensibilidad moral si, frente a la Iglesia, en esta extrema situación, no nos colocásemos en esta posición. La realidad es esta. ¡Pero esto no es todo! Va más allá.

Una convocatoria de la Reina

Imaginen que en Río de Janeiro hubiese una reina. Y ella, en la aflicción caminase por las calles invitando a doscientos, treientos, quinientos hombres, en estos términos:

“Por lo menos vosotros, ¡venid a luchar! ¡Hay un llamado especial de vuestra soberana, está la promesa de una gloria especial, de un afecto especial, pero sacrificad todo y venid a luchar en torno a la última bandera, del último reducto! ¡Esta gloria será vuestra!”

Qué diríamos del hombre que le respondiera a la reina:

“Esto depende, no sé... No sé si mi familia aprobaría ese gesto. ¿Qué va a decir de eso mi padre? Mi madre tiene restricciones, mi tío lo ve con malos ojos, a mis primos no le gusta. Oh reina, no puedo atender vuestro llamado por causa de mi familia”.

¿Qué diríamos de un hombre que hiciese esto?

Imaginen otro que dijese a la reina: “Bueno, es verdad, su situación es de apuro. Pero sabe de una cosa, yo tengo mi vida particular, preciso aparecer, quiero hacer carrera. Yo soy un gran hombre y corro el riesgo



de morir sin gloria ahí, yo no puedo aceptar esa situación, oh reina.

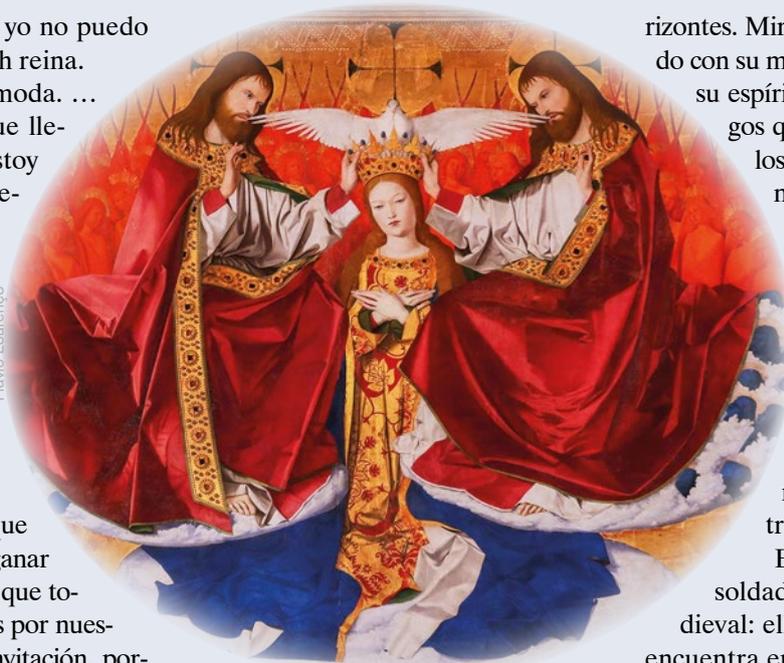
Además, mi vida cómoda. ... Usted está pidiendo que lleve una vida dura y no estoy dispuesto a llevarla, mejor procure con otros”.

El día en que esa reina gane la guerra, ¿qué dirá de esos súbditos? ¿A qué penalidades tendría ella el derecho de condenarlos? ¿Cómo la Historia los calificaría?

¡Llegará el día en que Nuestra Señora va a ganar esa guerra! Un día en el que todos vamos a ser juzgados por nuestra actitud frente a su invitación, porque nosotros fuimos de esos pocos que la Reina llamó para luchar por Ella. ¿Cómo reaccionamos? ¿La opinión de nuestros primos, nuestras flojeras, nuestras vanidades prevalecieron? ¿O supimos decir “sí” a su llamado?

El estado de prontitud

Frente a esto, ¿qué es el estado de prontitud? Es el estado de la persona consciente de que precisa estar siem-



*Coronación de la Virgen
Museo Pierre de Luxembourg,
Villeneuve-lès-Avignon, Francia*

pre con el espíritu dispuesto, en estado de alerta, en la perspectiva siguiente: de un momento para otro voy a ser llamado para trabar la linda batalla de mi existencia y dar mi sangre, mi vida. Por tanto, tengo como preocupación principal el estar movilizado en mi interior y bastante desapegado de todas las cosas para estar pronto cuando esto suceda. Y el estado de alerta católico fue definido por Nuestro Señor Jesucristo, en el Huerto de los Olivos, para los Apóstoles: “Vigilad y orad para no caer en tentación”.

Vigilar, es decir, ¡es preciso una vigilancia continua sobre el enemigo! No me refiero al terrible enemigo interno, les hablo del enemigo externo.

O sea, ¡a todo momento pueden suceder cosas que representen para la Iglesia, para nuestra Causa, la necesidad de tomar una posición extrema!

La vigilancia supone hábitos de austeridad

Nuestro Señor es quien está en lo alto de la torre escudriñando los ho-

rizontes. Mirémoslo a Él acompañando con su mirada, con sus gestos, con su espíritu, cuáles son los enemigos que Él ve, cuáles los reuelos que tiene, cuáles las maniobras para las cuales Él se está preparando. Procuremos asociarnos a la perpetua vigilancia de Nuestro Señor Jesucristo, comprendiéndola; estemos prontos a dar todo en unión con Él, como Él y a todo momento. ¡Es ésta nuestra vigilancia!

Es la vigilancia de los soldados en una fortaleza medieval: ellos miran al vigía que se encuentra en lo alto de la torre y esperan una palabra suya. ¡Basta eso y los soldados se lanzan al combate! Es ésta nuestra vigilancia. Y así, es el estado de espíritu que yo pido que Nuestra Señora les dé.

La vigilancia, así vista, supone hábitos de austeridad y de dureza. Nadie puede estar en estado de alerta cayendo en la comodidad de la vida de todos los días.

Hay un momento para cada cosa. Hay un momento, en la vida, en el cual se puede tomar una actitud más o menos despreocupada, porque las gracias así fluyen. Y después, hay el momento en que eso no es más posible, porque la gracia sólo atiende a los que vigilan. Como hubo un momento para los Apóstoles de dormir, hubo también aquél en que ellos deberían haber quedado despiertos y no lo hicieron. Fue por el hecho de que ellos se durmieron con molición a la hora de dormir que, en la ocasión de despertar, no lo hicieron.

Almas dispuestas a lo imprevisto

¡Debemos vivir toda nuestra vida cotidiana en una actitud de alerta, decididos a hacer las cosas duras, co-



Dr. Plinio em 1969

Arquivo Revista

menzando por ellas, en la alegría de hacerlas y dándoles preferencia! Dispuestos a los imprevistos duros, aunque no tengamos bien idea de cuáles son. Y el imprevisto es siempre alguna cosa que la persona no sabe lo que es. Debemos estar dispuestos a los sacrificios a cualquier momento.

El estado de alerta supone, entonces, la disposición de hacer cualquier cosa, a cualquier momento y de hacer un examen de conciencia: ¿estoy dispuesto o mi alma no está atenta a la voz de Dios que me puede llamar en cualquier momento a luchar por Él?

La vía común de las almas es sentir en sí esta disposición. Puede ser que algún alma dentro de una vía especial, y sin desdoro para ella, no sea exactamente así y, puesta delante de la idea del sacrificio, se atemorice. Hubo mártires que entraron en el Coliseo temblando, pero con el auxilio de la gracia, iban al encuentro de las fieras, entregándose al sacrificio.

Debemos ser como los católicos de aquellos tiempos, diciéndonos a nosotros mismos: yo siento el miedo delante de mí, pero vivo mi miedo dentro de la oración confiante, seguro de que en la hora del sacrificio Nuestra Señora no me negará la gracia.

Yo voy a pedir mucho a Nuestra Señora el coraje que no siento en mí. Tener en mente la necesidad de pedirlo como un don precioso para cualquier momento que suceda. Esto es lo que el estado de alerta significa para nosotros.

Es un punto para colocar en nuestro examen de conciencia: ¿Yo estoy en estado de alerta? Esto es, ¿estoy dispuesto para cualquier trabajo, a cualquier arbitrariedad, a cualquier peligro?

Si lo estoy, debo preguntar: ¿reconozco que esto me viene de Nuestra Señora? ¿Comprendo que, si yo lo pido, Nuestra

Señora me lo dará? ¿Yo lo estoy pidiendo más?

El estado de alerta: la quintaesencia de la pureza de corazón

El otro día me mostraron la explicación de una de las bienaventuranzas: bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios. Y el Catecismo explicaba que el limpio de corazón no es exclusivamente el puro, sino que el concepto es mucho más alto. ¿Cuál es la limpieza de corazón? Es el hecho de que el alma esté dada a la Iglesia Católica por entero y, por tanto, sin ninguna especie de error y de mal. Es la definición de la posición combativa. Así, no se tiene con el enemigo ni complicidad y ni molicie, se corre encima de él: es el combate. Luego, este estado de alerta es la quintaesencia de la pureza de espíritu.



La Virgen rezando. Iglesia de la Madre de Dios, Jerez de la Frontera, España

Esta pureza de espíritu se alimenta en el estudio, por la comprensión, por el amor.

Junto al estudio viene la oración. Es evidente. Sin oración, no conseguimos nada. Ni siquiera el estudio nos es útil sin la oración. El estado de alerta católico es vigilar y orar, porque la oración es todo en nuestra vida y en nuestra alma. Y la oración del guerrero en estado de alerta no es la oración de una pobre beata.

Además, tenemos el trabajo de quebrar los mil pequeños hábitos indolentes por los cuales no queremos hacer lo que es duro, de crear el reflejo de hacer varonilmente lo que es duro. Pues no se trata solo de trabajar, es preciso hacer un trabajo bien hecho, con decisión, yendo hasta el fin.

Un pedido a Nuestra Señora

Hasta el último aliento el mayor empeño, el coraje más extremo, el entusiasmo más completo, la oración más continua, la disciplina más perfecta, la vigilancia más infatigable, he ahí lo que debemos desear y pedir a Nuestra Señora.

Cualquier cosa que se haga: atender al teléfono, elaborar un trabajo intelectual, ejecutar un servicio, escribir una carta, todo hacer con ese espíritu de prontitud, haciéndolo el objeto de nuestro examen de conciencia, antes del cual se podría recitar:

“La Iglesia es la Patria sacrosanta de mi alma, invadida, traicionada y puesta en el mayor extremo posible de su aflicción. Quiero saber si soy o no soy el guerrero de esta Iglesia; quiero saber si mantuve mi estado de alerta de acuerdo con el examen de conciencia que estoy haciendo”.

*(Extraído de la conferencia del
26/5/1969).*



Recelosos y vigilantes ante los nuevos movimientos de la Revolución

El proceso que hace de la desconfianza contra-revolucionaria y profética el verdadero camino del pensamiento, es un muy buen método para percibir la realidad y comprender de qué se trata la Revolución. ¡Vivir desconfiando es vivir luchando!

Estoy convencido de que en todos los asuntos hoy en día hay modas. Y cuando uno decide lanzar una, será ante todo una moda del pensamiento: se da la

orden para que todo el mundo piense de una cierta manera. Hay ciertos maníacos de la moda que, al notar una ola de pensamiento de un cierto modo, piensan así de forma fanática.

Un paso de la Revolución dado en nombre de la estética

Por eso, cuando quieren hacerse un nombre en círculos donde tienen cierta audiencia, para aumentar su prestigio, lo exageran. En el caso de una cosa técnica, van más allá que ella, juzgándola más bella que la adoptada.

Quienes así lo hacen reciben los mejores aplausos del público porque hacen avanzar la Revolución. La moda es siempre un nuevo paso en la Revolución. Se podría definirla así: un nuevo paso de la Revolución dado en nombre de la estética, de lo práctico o de cualquier otra ventaja para los hombres, pero que socava lo que promete.

En cuanto a la vestimenta, los trajes, tomemos las modas del Antiguo Régimen,¹ que eran menos bellas que las de la generación anterior. Y, de modo sucesivo, vayamos remontándonos hasta la Edad Media. En cada nueva moda había algún punto que se volvía más bonito, y en todo lo demás era más fea. Sin embargo, este pequeño punto era resaltado por la moda, y todos se entusiasma-

Flávio Lourenço



Ensayando la danza - Museo de Bellas Artes, Nantes, Francia

ban con él, olvidándose de la fealdad que había entrado. De esta manera se iba desplazando hacia lo bajo.

Así, de los trajes versallescos del Antiguo Régimen llegamos hoy al seminudismo. “Semi” es optimismo, indulgencia y anacronismo. Son feos e inconvenientes desde todo punto de vista, y se llegó a esto en nombre de la ventaja del hombre.

Hay que desconfiar de los movimientos de la Revolución

Cuando, por ejemplo, se lanza una moda al respecto de motores, se elogia el de explosión por esto y aquello. Esta ola entra con cierto énfasis, de modo que si una persona quiere reaccionar contra ella, habrá un partidario indignado de la nueva moda que lo ataque personalmente:

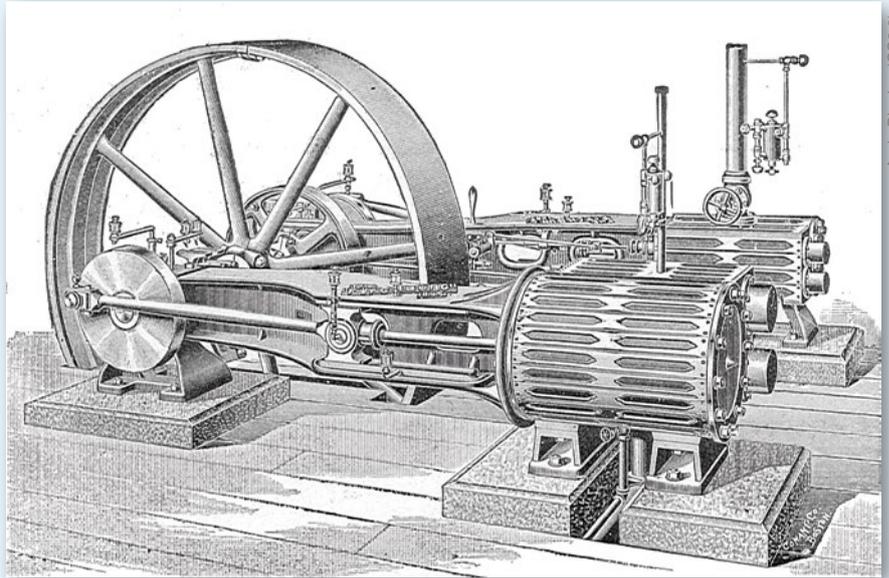
—Usted es un espíritu retrógrado.

— ¡No hablo de espíritu sino de petróleo!

— Basta, el famoso laboratorio de tal lugar ya emitió un dictamen. No vamos a discutir nada más.

Entra en su automóvil, enciende el motor y sale chirriando.

En general, cuando entra una moda hay que sospechar que la Revolución tiene en ella ventaja; cualquiera que sea la moda. Es preciso examinar-



Motor de combustión de 1897

la para ver bien. ¡Con qué facilidad la observación confirma esa suposición!

Considerando una nueva moda, uno puede estar seguro de que, por algún lado, el género humano saldrá perjudicado. Analizándola, esto se detecta rápidamente. Cuando la moda se instala porque es algo más ‘práctico’, convéznase de que de ahí resultará un perjuicio. A primera vista puede no parecerlo. Examine atentamente y no se deje llevar por el fácil entusiasmo, sino sea desconfiado y vigilante.

El motor de gasolina, por ejemplo, tuvo en su contra el enorme impacto

por la forma en que fue lanzado. Además, considerado en sí mismo, todo lo que funciona de explosión en explosión —el propio movimiento es generado por la explosión, eso fue lo que entendí— es antinatural. La explosión, de suyo, es un desastre. Ella es un símbolo de la catástrofe y, como tal, es sospechosa de representar en algo la Revolución. Todas las grandes revoluciones progresaron con explosiones: la Revolución Protestante, la Revolución Francesa, la Revolución Comunista, la Revolución de la Sorbona...

La explosión es un fenómeno material. En el Cielo, antes de la creación del hombre, sólo existía Dios, que es espíritu puro, y los Ángeles que también son espíritus puros. Ahora, la revolución demoníaca tiene todas las características de una explosión. No me refiero a algo físico que explotó allí, ya que no había nada material, sino a un evento que es similar a una explosión. Un orden sublime, magnífico, organizado y establecido sufrió de repente un desastre: se resquebrajó y algunos de sus componentes agredieron al supremo Poder, Bondad y Sabiduría supremos que los creó y gobierna. ¿No es una explosión? Por tanto, todo lo que funcione a expensas de continuas explosiones es sospechoso.



Carro cohete en la vía de Burgwedel, Hannover, en 1928



Leuven (CC3.0)



Batalla de los ángeles - Museo de Arte de Leuven, Bélgica

Desconfianza contrarrevolucionaria: camino real del pensamiento

Por tanto, no es necesario tener información de un laboratorio ni estar dotado de otro tipo de conocimientos para sospechar que allí hay algo malo. Este proceso que hace de la desconfianza contra-revolucionaria y profética la vía regia del pensamiento es un muy buen método de percibir la realidad, para acabar comprendiendo cómo son las cosas.

Por el contrario, el bobo alegre oye hablar de motores en explosión y entonces se frota las manos contento y dice: “Debe ser algo muy bueno porque el laboratorio tal de tal país lo ha aprobado, un vehículo como éste ya ha sido lanzado en los Campos Elíseos y en el Pall Mall de Londres, y causó una gran sensación... ¡es magnífico!” Cuando algo nuevo triunfa debemos sospechar.

Hay dos razones para desconfiar. Primero: en sí mismo simboliza el mal, como es el caso de la explosión. Segunda razón: los organizadores de los triunfos del mal organizaron una victoria para este aparente bien.

Esto implica una vida incómoda. Vivir en desconfianza es vivir luchando. El estado de vigilancia perpetua es más agotador que el de “sueño” perpetuo. Todo el mundo lo sabe muy bien. El estado de “sueño” perpetuo produce tontos, perezosos, indolentes y estúpidamente optimistas. Si queremos pertenecer a una de estas categorías o a las cuatro juntas, que no son mutuamente excluyentes, podemos entonces ponernos en estado de “sueño”.

Cuando veo reacciones como esta: “Ah, qué bueno...”, si es un hijo mío espiritual, “le tiro las orejas”. Me refiero al significado metafórico de la palabra, de lo contrario alguien con malas intenciones que me escuche pensará que le jalo las orejas físicas.

Consideremos hasta qué extremos llevo la desconfianza. Me dirijo a un

círculo de personas que ya no pueden estar cerca de mí. No estoy pensando sólo en ellos, sino en aquellos que pueden tomar mis palabras y decir: “Dr. Plinio, en tal encuentro, acabó admitiendo que tira de las orejas a sus asistentes. Bueno, estaban presentes personas de una edad ya respetable, y algunos aplaudieron ante la posibilidad de que les tiraran las orejas, algo que no está permitido hacerle a un niño. ¿Les habrá lavado el cerebro o no?”

Estos son nuestros adversarios. Entonces, durante todo el tiempo que hablo, tengo un interlocutor invisible, que es nuestro enemigo. Pienso en lo que dirá y en lo que debería decir para evitar que tergiversen mis palabras, o tener una manera fácil de hacerle pasar un mal rato si quiere malinterpretarlas.

Vivir desconfiando del mal proporciona seguridad

Alguien dirá: “Nuestra vida es así muy difícil”. Responderé: es verdad.

Pero quienes viven en la desconfianza tienen una existencia en general más tranquila porque la persona desconfiada tiene seguridad. La persona que desconfía no es la persona insegura, sino un soldado en la trinchera. El que confía imprudentemente es el tonto feliz que va a pie, y adelante está la trinchera del enemigo que le dispara.

¿Quién lleva una vida mejor: el soldado en la trinchera o el tonto feliz que camina sabiendo que un disparo puede alcanzarlo en cualquier momento? A este le esperan horribles sorpresas. Un hombre puede sufrir más en diez minutos de sorpresa que en diez años de vida.

Mi abuela utilizaba una expresión curiosa, muy significativa, para indicar el desastre de un hombre. Ella decía: “Cayó de espaldas y se rompió la nariz”. Parece absurdo porque quien cae de espaldas no se golpea la nariz con nada. Pero justo eso significa: la caída fue tan grande que se golpeó la nuca y se partió la cabeza hasta la nariz.

Para evitar caer de espaldas y romperse la nariz varias veces en la vida hay que desconfiar. No hay sueño más tranquilo que el del desconfiado que cierra bien la puerta antes de irse a dormir. El perezoso que no sabe si ha cerrado bien la puerta o no, se despierta, duda y si no tiene valor para comprobarlo, pasa el resto de la noche inquieto.

El hombre que cierra la puerta todas las noches antes de dormir, si se despierta por la noche con alguna duda, dice: “Nunca dejé de cerrarla; hoy también la cerré”. Con calma, gira hacia el otro lado y el sueño continúa como las aguas de un río.

Esta un poco larga esta apología de la desconfianza, pero sin ella no sabría vivir y quiero que mis hijos hagan lo mismo. ♦

(Extraído de conferencia del 17/5/1991)

- 1) Antiguo Régimen, sistema social y político aristocrático en vigor en Francia entre los siglos XVI y XVIII.



Dr. Plinio en mayo de 1991

SANTORAL

Santua, Polianca



Santa Emerenciana

1. Solemnidad de la Santa Madre de Dios.

Santa Zedislava de Lemberk, madre de familia (+1252). Terciaria de la orden de los dominicos.

2. Santos Basilio Magno (+379) y Gregorio Nacianceno (+c. 389), obispos y Doctores de la Iglesia.

San Bladolfo, presbítero (+c.630). Discípulo de San Columbano.

3. Santísimo Nombre de Jesús

San Teógenes, mártir (+320). Preso, torturado y lanzado al mar en Pario, Turquía, por negarse a prestar servicio militar por su fe.

4. Beato Tomás Plumtree, presbítero y mártir (+1570). Durante la persecución a los católicos, en el reinado de Isabel I de Inglaterra, fue condenado a muerte por no abjurar de su fe. Prefirió ser ahorcado a vivir en la apostasía.

Beata Cristina (Oringa) Menaboui, virgen (+1310).

5. Epifanía del Señor.

Beato Rogerio de Todí, presbítero (+1237). Uno de los primeros seguidores de San Francisco de Asís y director espiritual de la Beata Filipa Mareri.

6. Reyes Magos.

San Pedro Tomás, obispo (+1366). Miembro de la Orden Carmelita. Legado pontificio en Oriente.

Santa Rafaela María del Sagrado Corazón, fundadora (+1925). Nació en Córdoba, España. Fundadora de la Congregación de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.

7. San Raimundo de Peñafort, presbítero (+1275).

San Polieucto, mártir (+259). De profesión militar; al ser promulgado el decreto del emperador Decio, el cual ordenaba el sacrificio a los dioses, lo desató y además destruyó algunos ídolos, rechazando la idolatría. Entonces lo detuvieron, lo torturaron y finalmente, como no apostataba, lo degollaron.

8. San Severino, abad (+482). Italiano, pertenecía a la Orden de San Benito. Realizó una importante labor evangelizadora y civilizadora en la región del Danubio, en la época de las invasiones de los bárbaros.

9. San Andrés Corsini, obispo (+1373). Carmelita, italiano, obispo de Fiesole.

Beata Julia della Rena, virgen (+1367). Terciaria Agustina.

10. San Milciades, papa (+314).

San Dominiciano de Melitene, obispo (+c. 602). Mantuvo correspondencia con San Gregorio, el Grande. Predicó la fe al rey de los persas, intentando su conversión, que no se dio.

11. San Salvio, mártir (+c. s. III). Mártir de África Septentrional, en cuya fiesta San Agustín habló a los cartaginenses.

Santa Honorata, virgen (+s. V). La hermana menor de San Epifanio, obispo de Pavía. Consagrada a Dios desde muy niña, vivió santamente hasta su muerte.

12. Bautismo del Señor.

San Ferreol, obispo y mártir (+659).

Santa Cesárea, abadesa (+c. 529).

Su hermano San Cesáreo de Arlés, escribió la Regla para la comunidad de la cual era superiora.

13. San Hilario de Poitiers, obispo y doctor de la Iglesia (+367).

San Hermilio y San Estratónico, mártires (+c. 310). Acusado de ser cristiano, el mártir San Hermilio fue tomado prisionero, sufrió los suplicios con tal firmeza y alegría sobrenatural, atrayendo a la fe a su carcereiro, Estratónico. A este también lo denunciaron, le aplicaron suplicios que sufrió con igual coraje. Fueron finalmente lanzados juntos al río Danubio.

14. Santa Ninó, virgen (+s. IV). Fue tomada cautiva por los iberos, la llevaron a Georgia, cerca del Mar Negro, donde despertó la admiración por sus virtudes morales. Tuvo la gracia de curar al hijo de los reyes del lugar; se convirtieron ellos y todo el pueblo.

15. San Arnaldo Jennsen, presbítero y fundador (+1909). Alemán, fundador de la Congregación del Verbo Divino.

16. San Danato de Aulana, mártir (+s. inc.). Nació en Aulona, Al-



San Telésforo

bania. Por negarse a sacrificar al dios Baco, lo mataron.

Santa Juana de Bagno, virgen (+1105). Admitida en la Orden de los camaldulenses, en calidad de hermana conversa, se distinguió grandemente en la práctica de las virtudes cristianas, especialmente en la humildad y obediencia.

17. San Antonio, abad (+356).

Santa Leonila, madre de familia y mártir (+s. 175). Según la tradición, fue martirizada junto con sus nietos trillizos: Espeusipo, Elasipo y Melasipo.

18. San Deicolo, abad (+s. VII). Irlandés. Seguidor de San Columbano y fundador del monasterio de Lure, en Borgoña, donde mantuvo las reglas, conforme al espíritu de su maestro.

19. Domingo II del Tiempo Ordinario.

San Germánico, mártir (+c. 167). Discípulo de San Policarpo. En la época de los emperadores Marco Antonino y Lucio Aurelio, lo asesinaron en Filadelfia por mantenerse en la fe de Cristo.

20. San Sebastián, mártir (+s. IV).

Beata María Cristina de la Inmaculada (Adelaida Brando), virgen (+1906). Fundadora de la Congregación de las Hermanas Víctimas Expiatorias de Jesús Sacramentado, de gran ayuda a la propagación de la adoración a la Eucaristía.

21. Santa Inés, virgen y mártir (+s III/IV).

San Publio, obispo y mártir (s. II). Gobernó la diócesis de Atenas con prudencia y astucia, verdadero ejemplo de pastor. San Dionisio de Corinto exaltó sus virtudes.

22. San Vicente, diácono y mártir (+304).

23. Santa Emerenciana, virgen y mártir (+c. s. IV). Siendo catecúmena, fue a la sepultura de Santa Inés; estaba orando y los paganos, al oír su

confesión de fe en Jesucristo, la lapidaron allí mismo.

24. San Francisco de Sales, obispo y Doctor de la Iglesia (+1622). Combatió con energía y eficacia, los errores de Calvino. Con Santa Juana de Chantal, fundó la Orden de la Visitación.

25. Conversión de San Pablo, Apóstol (+c. 67).

Beata Arcángela (Leonor) Giralani, virgen (+1495). De familia noble, decide ser religiosa, contrariando los deseos de sus familiares. Con dos de sus hermanas de sangre, entra al Convento carmelita de Santa María Magdalena de Parma, es elegida priora y años más tarde, funda el convento en Mantua.

26. Domingo III del Tiempo Ordinario.

San Timoteo y **San Tito**, obispos (+s. I). Gobernaron las diócesis de Éfeso y Creta, respectivamente. Discípulos y evangelizadores junto a San Pablo.

27. Santa Ángela Mérici, virgen (+1540). Inspirada en Santa Úrsula y teniéndola como patrona, funda en la espiritualidad agustiniana la Congregación de las Hermanas de Santa Úrsula, para la educación.

28. Santo Tomás de Aquino, presbítero y Doctor de la Iglesia (+1274).

29. San Afraates, anacoreta y escritor (+345). Oriundo de Siria, seguía los pasos de los Reyes Magos y llegando a Belén se convierte al cristianismo. Gran intelectual, defendió la fe contra los arrianos.

30. Beato Segismundo Pisarski, presbítero y mártir (+1943). Durante la Segunda Guerra Mundial fue fusilado, junto a su parroquia, en Gdeszyn, Polonia, por no temer a las amenazas de sus verdugos y mantenerse en la fe católica.

31. San Juan Bosco, presbítero (+1888). Fundador de la Congregación de San Francisco de Sales, conocida como salesianos. Decía Don Bosco a sus hijos espirituales: "Uno solo es mi deseo: verlos felices en el tiempo y en la eternidad".

Santa Marcela, viuda (+410). Al quedar viuda al poco tiempo de casarse, resuelve quedarse en ese estado de vida, para servir a Dios. Tiene contacto con San Jerónimo y bajo su inspiración, estudia las Sagradas Escrituras. Defendió con denuedo y en público, la verdad cristiana auténtica contra los originistas.



Martirio de San Polieucto



San Basilio de Cesarea, campeón de la fe

Así como San Basilio enfrentó heroicamente a los emperadores que deseaban restaurar el paganismo, los católicos deben combatir a los actuales propugnadores del neopaganismo, sin vacilaciones ni connivencias, sin concesiones al error y sin mutilar la doctrina de la Iglesia.

Flávio Lourenço



San Basilio - Museo de Bellas Artes de Castellón, España

En su lucha contra la Ciudad de Dios, el padre de la mentira no siempre es original y a veces recurre a los mismos trucos y a los mismos procedimientos.

Problemas de estrategia apostólica

Así, por ejemplo, la táctica ultramoderna y aerodinámica de luchar contra la Iglesia de preferencia por medios indirectos, esta táctica es vieja de varios siglos.

Y como Dios suscita santos con peculiaridades especiales, según la época en que aparecen y la tarea que de ellos espera, veamos sumariamente el modo de actuar de un Santo que, ya en el siglo IV de la era cristiana, tuvo por delante, en su esencia, los mismos problemas de es-

trategia apostólica que los católicos enfrentan en el mundo de hoy, pues enfrentó la misma especie de enemigos: los que muerden y soplan al mismo tiempo.

Efectivamente, San Basilio vivió en una época idéntica a la nuestra, con la diferencia de que se hallaba en una fase de la historia del cristianismo que corresponde al crepúsculo que antecede a la aurora, mientras que todo parece indicar que nos hallamos en un momento que corresponde al crepúsculo presagiador de las sombras de la noche, de la espesa sombra totalitaria neopagana y socialista que amenaza al mundo moderno.

El gran doctor de la Iglesia de Oriente asistió a los últimos estertores del paganismo, como nosotros asistimos a su renacer.

Y en este estremecimiento del paganismo no sólo vemos los esfuerzos desesperados de un neopagano del porte de Juliano el Apóstata y de todos sus cortesanos, sino también el terror de las herejías que hacían causa común contra la Iglesia con esos re-

manentes del cesarismo, tal como hoy herejes y cismáticos se alían al bolchevismo totalitario en su lucha contra la Civilización católica.

Juliano el Apóstata y los actuales enemigos de la Iglesia

El arrianismo había perturbado profundamente el mundo cristiano. Junto a los obispos fieles a la Iglesia, piadosos, caritativos, amados del pueblo, estaban los obispos arrianos, prelados de la corte semi pagana, que favorecían la persistencia del paganismo.

Entre los emperadores romanos y orientales, que después de la conversión de Constantino intentaron restablecer el paganismo, Juliano el Apóstata es el ejemplo más expresivo. Y en su táctica vemos los mismos procesos utilizados hoy por los enemigos de la Iglesia, ya sean liberales o totalitarios.

En efecto, Juliano, precursor del Estado laico moderno, comienza por dar libertad no sólo al catolicismo, que ya había emergido de las catacumbas con el advenimiento de Constantino, sino a todas las sectas cristianas disidentes.

Con ese gesto él buscaba la misma finalidad de nuestros enemigos de hoy. El pagano Marcelino¹ comprendió a la perfección el embuste: “Juliano actuó de tal manera que la libertad que parecía conceder degenerase en licencia y aumentase las divisiones.”

Obtenido ese resultado, ya no tenía que temer para sus empresas ulteriores una “resistencia unánime de los cristianos”.

La hipocresía de esa libertad de cultos no tardó en revelarse con la persecución que movió contra San Atanasio, y en la protección que concedió a los herejes, como en el caso de los donatistas.



Juliano el Apóstata - Museo del Louvre, París

Monopolio de la enseñanza por el Estado

En Juliano el Apóstata vemos los mismos esfuerzos en el sentido de la implantación del neopaganismo de que Hitler fue el ejemplo en nuestros días. Y, entre otras analogías, podíamos aplicar indiferentemente a uno y a otro la táctica de la corrupción, mediante la negación de empleos públicos a los católicos, como nos muestra la historia.

También en el laicismo escolar tenemos en Juliano el Apóstata un precursor de la moderna persecución a la Iglesia. Y así como la legislación es-

colar, que lentamente promueve el monopolio de la enseñanza por parte del Estado, es la más terrible arma usada por los enemigos de la Iglesia liberales y totalitarios, así también esa fue la gran arma de este emperador neopagano.

En sus leyes, que establecían el monopolio educativo del Estado, decía Juliano: “Todos los que hagan profesión de enseñar deben tener el alma imbuida de las únicas doctrinas que son conformes al espíritu público.”

Bien podemos evaluar lo que Juliano entendía por ese “espíritu público”, como bien sabemos lo que quiere decir hoy en día la “neutralidad” escolar.

En un mundo así minado por los más satánicos métodos de persecución al catolicismo –hipócritas y velados–, tiempo en que, humanamente hablando, la causa de la ortodoxia estaba perdida, fue en este momento cuando vivió San Basilio.

Sin la llama de la vida interior es vana toda obra de asistencia social

Nadie mejor indicado que él, San Basilio, para promover una larga Política de la Mano Tendida con los neopaganos y los herejes. En efecto, en Atenas, junto con San Gregorio Nacianceno, en los mismos bancos escolares, se había sentado Juliano. Y era de naturaleza pacífica y retraída.

Sin embargo, resuelta y reiteradamente se negó a aceptar la invitación para ir a la corte de Juliano, como más tarde se enfrentaría al emperador Valente, cuando este último comenzó a perseguirlo debido a su oposición al arrianismo y su negativa a aceptar en su Iglesia a estos mismos herejes.

Más que el Santo de la acción social, más que un precursor del Servicio social en su aspecto moderno, debemos ver en el gran obispo de



Cesarea al campeón de la fe, al defensor de la ortodoxia, al hombre de la Iglesia.

Y esa pureza de doctrina, esa santa intransigencia en materia de fe y de costumbres es la clave de su obra en el sector social. Como dice el Evangelio, “si la sal pierde su fuerza, ¿con qué se ha de condimentar?” (cf. Mt 5, 13).

Si la meta del Servicio social es facilitar a la sociedad los medios necesarios para que sus miembros puedan desarrollar plenamente su personalidad, si el sumo bien que podemos aspirar para el prójimo es la realización de su misión sobre la tierra para que consiga alcanzar la bienaventuranza eterna, es claro que sin esa llama de la vida interior sería vana toda la obra de asistencia social desarrollada por el gran Santo.

Obreros salen a las calles exigiendo la liberación de San Basilio

San Basilio enfrentó el totalitarismo de Estado, de la misma manera que los católicos del mundo de hoy tendrán que hacer frente a los nuevos emperadores neopaganos y neo coronados, sin vacilaciones ni conivencias, sin concesiones al mal, sin mutilaciones de la doctrina de la Iglesia, bajo la acusación de proselitismo en el campo contrario.

Sólo así podemos imitar al gran y Santo doctor en su intrepidez en favor de los humildes, de los débiles, de todas las víctimas de la arbitrariedad, de la tiranía, de las injusticias sociales.

Sólo así podremos edificar, en las ciudades de hoy, aquella verdadera ciudad de asistencia social por él construida a las puertas de Cesarea. Sólo con este verdadero concepto de caridad podremos traer a la Iglesia las multitudes descarriadas que hoy se debaten en medio de la más completa miseria, principalmente espiritual.



Flávio Laureço

La Virgen entre San Basilio y San Gregorio Nacianceno - Iglesia de San Trófimo, Arlés, Francia

Sólo así tendremos a nuestro lado a aquel mismo pueblo que sale tumultuosamente por las calles, al saber que San Basilio se hallaba ante el tribunal del Prefecto Imperial de Cesarea, que lo amenazaba con las acusaciones más infames. Ese mismo pueblo a cuyo frente, según la narración de San Gregorio Nacianceno, se hallaban los obreros de las fábricas imperiales, blandiendo los instrumentos de su oficio y exigiendo la liberación de su benefactor.

Sólo imitando las verdaderas virtudes de San Basilio estaremos seguros de haber combatido el combate en el campo social. ❖

*(Extraído de O Legionário
n. 718, 12/5/1946)*

1) Amiano Marcelino (*330 - + 391), militar del ejército de Juliano el Apóstata. Escribió una obra sobre la historia de Roma.

Desconfianza, vigilancia, pugnacidad

Antaño, las almas católicas realizaban hazañas heroicas. Sin embargo, poco a poco, el contrarrevolucionario ha adquirido una confianza atontada, fruto de una piedad edulcorada, sin fibra ni fuerza. Vigilar es estar atento, al acecho, a la espera, en un estado de movilización continua, empezando por luchar contra sí mismo. El Reino de María será el reino de la vigilancia, o será tan fugaz como un sueño.

He aquí un extracto del libro “Escuchando el alma de España”, del jesuita P. Federico Muckermann. Se trata de un archivo extraído de cartas datadas entre 1936 y 1937.

El libro de oraciones ante unos ojos que ya no podían ver

Los soldados y falangistas de Salamanca portan la imagen del Sagrado

Corazón en sus banderas. Los falangistas de Sevilla comenzaron adhiriendo una pequeña imagen del Corazón de Jesús a sus uniformes. Ahora, todos los oficiales y soldados del ejército llevan el escudo del Sagrado Corazón, incluido el general Queipo de Llano. Nuestro camión blindado lleva una gran efigie del Sagrado Corazón en la parte delantera y la población nos llama simplemente “las tropas del Sagrado Corazón”.

Toda la sociedad está siendo purificada, acrisolada y sublimada. De todas partes se refieren hechos como el siguiente: En Valladolid, los quioscos que vendían literatura pornográfica fueron quemados hasta los cimientos. Las asociaciones juveniles están enviando a sus miembros a las librerías para que compren libros inmorales y hostiles a la religión. Estos jóvenes van a reformar completamente la vida universitaria...



requetes.com (CC3.0)



Soldados requetés

A bordo del barco “Canarias”, cantaban por la noche; el comandante volvió a introducir esta antigua costumbre española. Uds. bien conocen la canción: “Tú que mandas en los vientos y en el mar, di a los vientos y a las tempestades que se calmen. Ten piedad de nosotros, Señor, piedad; Señor, piedad”.

Fal Conde escribió un libro de oraciones para el requeté¹. Durante los combates en Navarra, seis voluntarios fueron destinados al servicio de patrulla. Confesaron, se marcharon y nunca volvieron. Cuando nuestras tropas tomaron la posición enemiga unos días más tarde, encontraron los cadáveres de los seis ya completamente ennegrecidos. Uno de los valientes no había muerto inmediatamente, porque su cuerpo yacía de lado, con la cabeza apoyada en la mano derecha; con la izquierda sostenía abierto el libro de oraciones del requeté ante unos ojos que ya no veían. En la página abierta, estaba la oración por los moribundos.

La persecución religiosa en España provocó una cristalización general

Todos estos hechos son muy hermosos. Creo que el más impresionante es el del joven carlista, requeté de Navarra, que murió mientras rezaba la oración de los agonizantes.

Era una patrulla la que salió a inspeccionar y todos sus miembros murieron. El joven fue alcanzado, cayó,

se sintió gravemente herido y se dio cuenta de que estaba agonizando. Entonces se apoyó en un brazo y comenzó a leer la oración de los agonizantes. Allí Nuestro Señor recogió su alma y, ciertamente, la llevó al Cielo.

Esa actitud del combatiente herido con el libro abierto ante sus ojos, que ya no puede ver, en la página de la oración de los moribundos nos hace sentir, por una parte, los últimos alientos de la vida y, por otra, el primer soplo frío de la muerte. Y comprender muy bien el tránsito de la vida a la muerte, el holocausto de las almas que se inmolan y con eso conquistan el Cielo. Todo esto es impresionante.

La escena merecería ser representada por un gran poeta, pintor o escultor. La historia de España está tan llena de hechos como éste, que es casi imposible seleccionar uno. Sería necesario hacer un sorteo, de tal manera España es un país en el que el heroísmo es algo habitual.

También encontramos en estos datos otras manifestaciones de piedad de las tropas que lucharon contra el comunismo en 1936. La persona que trata de ello habla de una renovación del fervor en toda España y suministra algunos indicios alentadores.

España era un país un tanto secularizado. La Revolución había pasado sobre ella. Se había proclamado una república, que pronto se convirtió en socialista. Las huellas del paganismo moderno se habían acentuado mucho en diversos aspectos de la vida española. Pero, con la persecución religiosa se produjo una cristalización general. Algunos aspectos deben llamar nuestra atención para un análisis particular.

Un cambio drástico promovido por el descanso tras la victoria

En aquella época, la oposición entre católicos y comunismo era clara. Las tropas anticomunistas marchaban a la batalla con el Sagrado Corazón de Jesús pintado hasta en el tanque. Y todo el mundo pensó que esto era normal. Siendo el comunismo promovido por el demonio, el anticomunismo tenía que ser, necesariamente de Dios. Y todas las personas juzgaban que ese era el símbolo, la bandera propia del anticomunismo, cuya razón de ser consistía en la defensa de los derechos de la Iglesia Católica.

Espanta y duele verificar el cambio de los espíritus que se ha producido desde aquellos heroicos episodios hasta hoy, cuando España parece, como toda Europa, haber perdido su fibra, el fervor anticomunista, e incluso se está implicando en la diplomacia soviética, a la que hace algún tiempo se habría negado por la fuerza de las armas.

La Guerra Civil fue en 1936, es decir, hace poco más de treinta y cinco años. En ese lapso de tiempo, ¡qué rotaciones! Los anticomunistas, que arriesgaban su vida en la lucha religiosa y no dudaron en dar su sangre por la



Gonzalo Queipo de Llano y Serra

Divulgação (CC3.0)

España católica, fueron paulatinamente puestos de lado, despreciados y boicoteados, mientras que otros de mentalidad opuesta, ocupaban los puestos dirigentes de la nación.

¿Cómo fue posible este cambio? Por el efecto de aquella situación que tantas veces advertimos como peligrosa: el descanso, la relajación después de la victoria, la somnolencia ante el peligro. Se introdujo en España una atmósfera de bienestar, de neutralismo, de indiferencia ideológica, en la cual se adormecieron muchos de los

mejores españoles. Pero, en el campo ideológico, el sueño es la imagen de la muerte. Y después de ésta, comienza la putrefacción que engendró las molicies, las connivencias y las complicidades con el avance de la Revolución en suelo español, la cual fue una de las peores responsables de la universal corriente del progresismo.

Hoy en día, los anticomunistas están mal vistos en casi todos los ambientes católicos. Y los procomunistas están bien vistos en esos mismos medios. Cada uno de los primeros miembros de nuestro Movimiento casi puede decir: *Extraneus factus sum fratribus meis et peregrinus filii matris meae* - Me convertí en un extraño para mis hermanos y en un extraño para los hijos de mi madre (Sal 68, 9). Es el gemido de la fidelidad.

No basta con rezar, hay que vigilar

¿Qué vemos en este panorama? Un enorme reencender del fervor religio-



“Ejecución” del Sagrado Corazón de Jesús por milicianos comunistas en el Cerro de los Ángeles en agosto de 1936

Divulgación (CC0)

pareció y, en treinta y cinco años, quedó reducido a casi nada.

Podemos ver en el ejemplo de España uno de los defectos más sensibles de la “herejía blanca”.² Lo contrario debe ser una de las características del contrarrevolucionario.

Desconfianza, vigilancia...

El contrarrevolucionario es desconfiado, vigilante, pugnaz. La desconfianza es aquí la posesión habitual de la persuasión de que vivimos en un valle de lágrimas, en el que

el hombre se encuentra en un estado de prueba debido al pecado original y lleva dentro el pecado de la Revolución. Está rodeado de peligros dentro y fuera de él, contra los que debe estar siempre alerta. Esta es la noción fundamental.

Es decir, en vida espiritual –jamás me cansaré de decirlo– cada uno de nosotros debe de tener en relación consigo mismo la desconfianza que un hombre tiene con una fiera, o con una serpiente. Una fiera y una serpiente están dentro de cada uno de nosotros. Si yo me relajo, por poco que sea, en mi vigilancia, hago concesiones y alimento mis defectos; entonces no tendré fuerzas para superarlos y mi vida espiritual se desmoronará.

Tengo que ser muy vigilante, mantener la mirada constantemente vuelta hacia dentro de mí mismo, viendo lo que estoy sintiendo, lo que ocurre en mi interior, para cortar el mal que constantemente renace.

La imagen del hombre bueno no es la representación tonta e ingenua

so, una gran gracia para España, que ha desaparecido por completo. ¿Y por qué? ¿Se debió a la falta de oración?

Yo no diría tal cosa. España solía ser un país en el que se rezaba mucho. Siempre necesitamos rezar un poco más. Pero los que hablan de oración toman de un modo unilateral el consejo de Nuestro Señor: “Vigilad y orad” (Mt 26:41). Rezan, pero no vigilan. Desarrollan un espíritu de oración, pero no el espíritu de vigilancia.

Es decir, faltó esa desconfianza hacia los malos, la preocupación por comprender sus artimañas, por desenmascarar el juego, por dirigir una contraofensiva, lo que haría que todo eso pudiese haber sido percibido y evitado.

Pero la mayoría de los españoles no actuaron así. Tenían un tesoro que no guardaron en un joyero, sino que lo arrojaron en medio de la calle para que cualquier ladrón se lo llevara. El tesoro de España eran sus cualidades morales y la ausencia de joyero fue la falta de vigilancia... Este magnífico auge de heroísmo desa-



del individuo en cuyo interior no renace la tendencia al mal. Es la imagen del hombre serio, que sabe que la tendencia renace y está en continua lucha contra sí mismo.

Todo hombre tiene tendencias malignas que, si lo consiente, le llevarán a la infamia. Esta es la noción que cada uno de nosotros debe tener de sí mismo. En consecuencia, debido a la desconfianza que cada uno de nosotros tiene que tener de sí mismo, nace el deber de la vigilancia, puesto que quien es desconfiado, vigila.

Vigilar es estar atento, al acecho, a la espera, en un estado de movilización continua. El hombre vigilante se dice a sí mismo: si sé que en mí bulle una fuente continua de los peores defectos, debo vigilarme y, si no lo hago, caeré. El fruto lógico de la desconfianza —la desconfianza es aquí un corolario de la creencia en el dogma del pecado original— es la vigilancia hacia dentro de uno mismo.

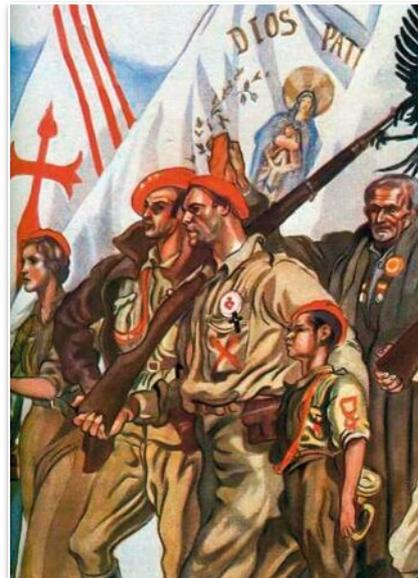
...y pugnacidad

La vigilancia no es suficiente; hay que ser pugnaz. El hombre pugnaz

es aquel que está preparado de forma estable para iniciar un combate en cualquier momento. Aunque sea la batalla más difícil, no duda en entrar en ella. Si es necesario, lucha.

Pero no es como el cretino que lucha sin motivo. Nuestra pugnacidad implica que, en todo momento, estemos dispuestos a decir “no” a nosotros mismos. Y la primera persona a la que tengo que saber decir “no” se llama Plinio Corrêa de Oliveira. No sirve de nada decir “no” a los demás y ser enérgico y combativo con los demás; eso es fácil. El problema es ser combativo conmigo mismo y decirme “no”. Y eso en cada caso en que deba decirme “no”, y tan pronto como surja el momento.

Por eso el hombre pugnaz combate sus defectos en cuanto aparecen. En el momento en que la vigilancia le muestra el nacimiento de una sola mala tendencia, el hombre pugnaz la sofoca, la rechaza, la corta. Y si no lo hace, perece, porque la mala tendencia crece y le debilita. Las malas tendencias deben combatirse en su origen, en su primera inclinación, en su primer momento. No puede ser de otra manera.



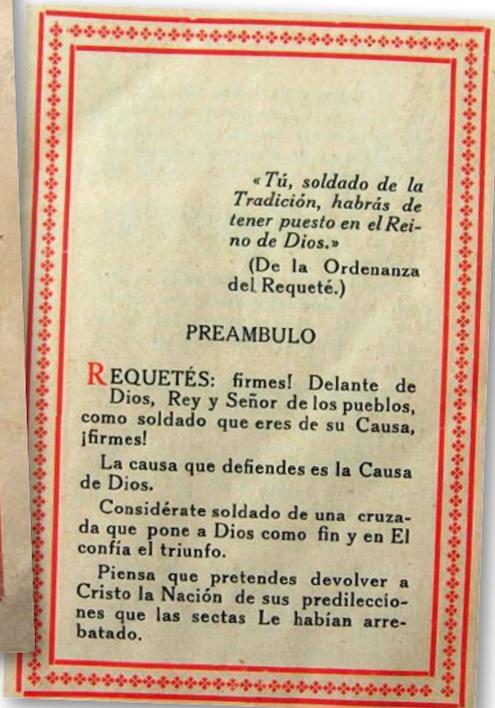
requetes.com (CC3.0)

De lo anteriormente dicho, tenemos la trilogía de la vigilancia aplicada a la vida interior. Desgraciadamente, lo que caracterizó a los círculos católicos en los últimos veinte o treinta años antes del auge progresista fue la falta de estas cualidades. Las personas tenían virtud, pero no la vigilancia. No se hablaba de vigilancia en ningún sentido de la palabra. La piedad era dulzona, sin fibra, sin varonilidad. La piedad necesita tener la verdadera varonilidad, cuyo punto de partida es la varonilidad contra sí mismo.

Amistad en la medida en que se es vigilante

¿Y en relación con mi prójimo? El prójimo es un hombre como yo. Todo el mal que percibo en mí mismo existe en todos los demás. No soy ni mejor ni peor que los demás. Esto no es una falsa humildad ni una burda expresión de orgullo. Es la experiencia de sesenta y tres años de existencia. Todos somos pésimos y no valemos nada. En consecuencia: si convivo asiduamente con alguien en quien reconozco las mejores cualidades, pero veo que no es vigilante, ¿qué confianza puedo tener en él?

Eso no quiere decir que no lo aprecie. Puedo apreciarlo, pero mi



«Tú, soldado de la Tradición, habrás de tener puesto en el Reino de Dios.»
(De la Ordenanza del Requeté.)

PREAMBULO

REQUETÉS: firmes! Delante de Dios, Rey y Señor de los pueblos, como soldado que eres de su Causa, ¡firmes!

La causa que defiendes es la Causa de Dios.

Considérate soldado de una cruzada que pone a Dios como fin y en El confía el triunfo.

Piensa que pretendes devolver a Cristo la Nación de sus predilecciones que las sectas Le habían arrebatado.

requetes.com (CC3.0)

aprecio es desconfiado. Si me preguntan: “¿Es bueno?”. A menudo deseo de responder: “Es óptimo... por ahora”. No sé cuánto durará, porque no veo en él vigilancia.

Ahora bien, si yo, sin vigilancia, no resistiría, ¿por qué iba a hacerlo él? De ahí un trato afectuoso y respetuoso, ¡pero con un ojo abierto! No sé qué pasará mañana. A veces uno confía porque tiene que hacerlo, porque no puede manejar las cosas sin hacer un acto de confianza en tal o cual persona. Pero cuántas veces un acto de confianza es melancólico, triste, pensando: “¿Hasta cuándo estará esto justificado? ¿Desde qué punto de vista? ¿Y en qué medida? No lo sé, porque no veo vigilancia”. Todo lo que no sea eso, no es serio. ¡Esa es la verdad y lo demás son tonterías!

Comprendo que un recién llegado me diga: “Bueno, Dr. Plinio, llevo mucho tiempo en la TFP, tres años ya, ¿y no tiene tanta confianza en mí como yo en usted?”

Me gustaría decirle: “Querido amigo, aunque pasaran treinta años, si no le veo vigilante, no tendré confianza”.

La confianza abobada de un contrarrevolucionario

Lo que desgraciadamente es así con los amigos, entra por los ojos que se aplica con los enemigos. El enemigo peligroso no es el que despierta en mí la virtud de la vigilancia, el individuo lleno de saña que me insulta y discute conmigo. Es mi próximo.

Mi enemigo puede ser mi prójimo cuando se trata de un compañero o algún pariente que me sonríe y me agrada, no porque realmente desee mi verdadero bien,

sino porque quiere ganarse mi simpatía para después poder infundir en mi alma, de forma más o menos disimulada, las máximas neopaganas de la Revolución.

Porque todo aquel que me dé un mal consejo o ejerce sobre mí una mala influencia, es un emisario de satanás hacia mí. Cuando San Pedro dijo una cosa que no debía, Nuestro Señor le respondió de la siguiente manera: “¡Apártate de mí, satanás!” (Mt 16, 23).

Pregunto: ¿cuántos satanás tenemos a nuestro alrededor, en los que depositamos la confianza abobada que el contrarrevolucionario, tan a menudo impulsado por los residuos

de la “herejía blanca”, es propenso a depositar en este, en aquel, en aquellos otros? Es obvio que esto ocurre con frecuencia.

A veces pasan cosas como ésta: llega a la sede de la TFP y le pide un favor a alguien, que no atiende a nuestro pedido. Va a un lugar ajeno a nuestro Movimiento y le pide ese favor a alguien, y se lo hacen. Entonces emerge surge el egoísmo y la bobera: “En la TFP, donde debería encontrar a mis verdaderos hermanos, no consigo ayuda; obtengo auxilio en los que son del mundo. Ahora bien, mi verdadero hermano es el que me ayuda. Luego, mi hermano está fuera de la TFP y no dentro”.

¡Mentira! ¡No puedo llamar hermano a alguien cuya mentalidad me intoxica, trae la muerte a mi alma y me aleja de la Santísima Virgen! Debería llamarle hermano imperfecto, aquejado de la triste enfermedad de la semi-fidelidad, aquel pobre hombre que pertenece a la TFP y que no me hace mal, pero no me hace el bien que debería. Diré que es un hermano con defectos.

No voy a decir que es mi hermano quien me aleja de la Santísima Virgen, de mi Madre. Eso es egoísmo, es poner mi interés en el centro de todo.

Espléndidos frutos destruidos por falta de vigilancia

¿Cuántas veces cree eso el tonto católico! ¿Cuál es el resultado? Durante muchos años nuestra gran dificultad fue persuadir a los católicos de que podía haber una infiltración de herejía dentro de la Iglesia.



Nuestro Señor diciendo a San Pedro: “Aléjate de mí, Satanás” - Iglesia de San Pedro, Burdeos, Francia

Flavio Lourenço



Esto fue lo que abrió las puertas del medio católico a esta infiltración.

Lo mismo ocurrió en España. Espléndidos frutos de heroísmo fueron destruidos a causa de esta falta de vigilancia. Una gran nación católica, que poseía la luz primordial³ para ser vigilante entre todas las naciones, que dio Santos inquisidores canonizados, y que pudo llegar a la destrucción completa de sí misma a causa de la falta de vigilancia.

¿De dónde procede esta falta de vigilancia? De la piedad atontada, tan frecuente en ciertos ambientes católicos.

El defecto capital que se opone a la vigilancia es la pereza. El perezoso no es vigilante porque vigilar es un esfuerzo; no es pugnaz porque el mayor de los esfuerzos es luchar. Luchar es más difícil que trabajar. Es más fácil un mes de trabajo que un día de lucha. Sobre todo, cuando es una lucha contra nosotros mismos.

Por tanto, debemos pedir a la Santísima Virgen que erradique de nuestra alma el pecado que, a tantos de nosotros induce a la bobera, a mediocridades y a una especie de disonancia crónica conmigo. La persona está

de acuerdo con lo que afirmo de boca para fuera, pero a la hora de hacer, realiza una acción diferente. ¿Por qué? Porque falta esta virtud de la vigilancia. La persona está entregada al vicio capital de la pereza.

Por tanto, necesitamos rezar a María Santísima para que nos cure del vicio capital de la pereza.

Reino de María, el reino de la vigilancia

Los malos están siempre vigilantes y están informados, punto por punto, minucia por minucia, sobre los que son buenos y lo que hacen.

El Reino de María, o será el reino de la vigilancia o será efímero como un sueño. Porque cuanto más elevada es la virtud, tanto más fuerte lo será si es vigilante. Y tanto más débil si no fuese vigilante.

Un ejemplo: imagine a un hombre que lleva una vida de tremenda mortificación, como San Francisco de Asís. Duerme apoyando la cabeza en una roca y hace muchas otras mortificaciones de este tipo. Si es muy vigilante y no hace ninguna excepción a este régimen, acostumbrará todo su ser a esta austeridad. Si se relaja un poco, su apetito por todo aquello de lo que se ha separado salta como un león. Él, que es más fuerte que los demás para no hacer pe-

queñas concesiones, se convierte en el más débil tras hacer una pequeña concesión. Así será el Reino de María.

El mal siempre estará renaciendo. La conjuración anticristiana seguirá existiendo y si los buenos no estuviesen con los ojos puestos siempre en esa conjuración, ella vencerá. Los malos estarán en sus guaridas, no tanto buscando a otros malos, sino con la finalidad de ver quién es el no vigilante para perseguirlo y perderlo. Es la víctima, la parte blanda del muro sagrado. ❖

(Extracto de conferencia del 25/3/1972)

- 1) Los Requetés fueron la milicia carlista durante la Guerra Civil española. Principalmente navarros, llevaban boinas rojas y eran profundamente religiosos, pues veían la guerra como una Cruzada.
- 2) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, la cultura, el arte, etc. Las personas afectadas por esta mentalidad se vuelven débiles, mediocres, no propensas a la fortaleza ni a nada que signifique esplendor.
- 3) La Luz Primordial es el aspecto de Dios que cada alma debe reflejar y contemplar, en función del cual necesita organizar toda su existencia, su vocación personal.



El Dr. Plinio durante una conferencia en 1972



Archivo Revista

Archivo Revista



Reflexiones junto a la Playa de Zé Menino

Santos era para el Estado brasileño de São Paulo, la ventana a través de la cual se podía vislumbrar el Viejo Continente. Allí, en sus tiernos años de infancia, el Dr. Plinio, al contemplar el mar, deseaba conocer Europa para embeberse de la tradición, en la esperanza de volverse aún más contra-revolucionario.

Cuando era niño estuve innumerables veces en la Playa Zé Menino, en Santos, y en esas ocasiones tuve muchas impresiones de las cuales surgieron varias reflexiones. El pensamiento es un raciocinio claro y para un niño no es fácil tenerlo. Impresiones que sugieren pensamientos, yo las tenía en abundancia.

Viajar a Europa era viajar en la tradición

Es necesario tener en consideración que en aquel tiempo no había aviones que hicieran un trayecto sobre el océano. Entonces, para viajar de Brasil a Europa sólo era posible en barco. Y Santos, que siempre fue uno de los mayores puertos internacionales del Brasil debido a las exportaciones de café,

gran producto nacional, era el lugar donde las embarcaciones internacionales atracaban. Tales navíos eran transportes de lujo, verdaderos palacios flotantes, pues se trataba de una época mucho más rica que la actual. Hoy el mundo está enfermo, pero otrora aún había restos de salud.

La travesía en un magnífico trasatlántico duraba alrededor de dos o tres meses hasta llegar a Europa. Obviamente existían embarcaciones más modestas, pero aquellos eran los viajes de gran estilo.

Por lo tanto, yo y todos los niños de mi tiempo fuimos educados en la idea de que un viaje a Europa era la gran oportunidad de la vida. En Europa, visitar Francia; en Francia, París, conocer Versalles o el Louvre; tener contacto con la aris-



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

tocracia francesa; en fin, viajar por Alemania, España o Inglaterra era el gran lujo de los tiempos pasados.

Con todo, para mí, todo aquello tenía un significado especial, porque viajar a Europa era viajar en la tradición. Nuestros países sudamericanos son nuevos; aquí hay una tradición colonial muy apreciable pero pequeña, comparada con la gran tradición europea. Europa poseía el tesoro maravilloso de los castillos, de las catedrales, de los campos de batalla, los monasterios, del gran talento, de las universidades famosas, en fin, de todo.

Yo tenía unas ganas inmensas de ir a Europa para conocer todo eso y embeberme de ese espíritu, con la idea de volverme aún más contra-revolucionario. Para mí, la visita a Europa no era un viaje hacia el futuro, sino al pasado. A mí no me preocupaba tanto tomar contacto con ambientes lujosos; yo quería conocer el pasado. Mi lujo era la tradición.

Santos era, para el Estado de São Paulo, la ventana a través de la cual se podía contemplar Europa, pues las familias acomodadas embarcaban allí rumbo al Viejo Continente.

Tradición y eternidad reflejadas en el mar

Entonces, estando en la playa de Zé Menino, mi intención era ver el mar inmenso y observar las olas que ve-

Flávio Lourenço

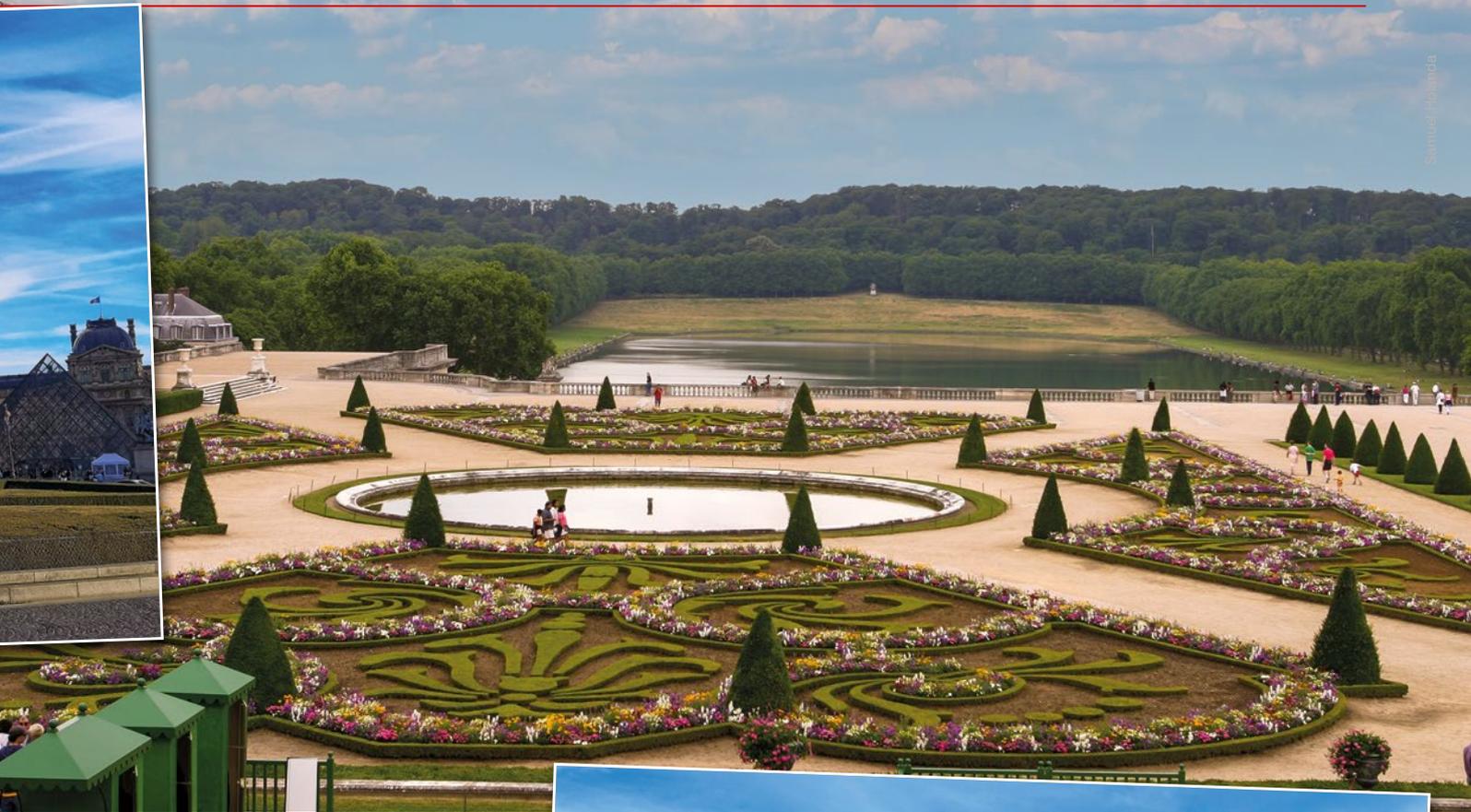


Museo del Louvre

nían, mientras reflexionaba: “Esas olas vienen de Europa”. Y yo tenía ganas de sumergir mis manos en el agua porque venía de allá.

J.P. Ramos





Desde el punto de vista panorámico, aquella bahía de la playa de Santos no tenía nada de extraordinario. Pero, para un niño que no conocía el mar, ver el continente abrazando las aguas, ver allí una vieja fortificación portuguesa con su pequeña torre característica, todo eso hablaba de un mundo de sueños.

Así, yo comencé a amar el mar, pues me parecía grandioso, majestuoso, variable, presentando aspectos diferentes en todo momento. A veces tranquilo como un espejo, otras furioso como un león. Todo eso me encantaba.

Yo me quedaba sentado en la playa, mirando, pensando en esas cosas. Mi atención era inmediatamente solicitada por aquello que yo observaba.

También me comenzaron a gustar las conchas. En Santos había unas conchas rosadas, matizadas, muy bonitas, ¡me encantaban! Yo las buscaba en la arena y las coleccionaba. Era otro mundo, no sólo el de la tradición, sino con las ideas de la eternidad que el mar me daba, él es



Jardines de Versailles

siempre la misma cosa, no cambia nunca –cambia todo el tiempo–, pero es siempre el mismo, siempre inmenso...

Esa es la historia de las impresiones que tuve en una de las playas de Santos. ❖

(Extraído de conferencia del 27/7/1983)



*Santísima Trinidad - Colegiata de Santa María, Gandía, España.
A la derecha, Anunciación - Iglesia de Santo Tomás, Caldas de Reyes, España.*

A los pies del trono de Dios

Al rezar, debemos tener bien clara la idea de que Nuestra Señora no recibe nuestra oración como un clamor pequeño y anónimo, que se levanta en algún lugar del mundo y del cual Ella tiene una vaga noción.

Nuestra oración a María Santísima debe ser una súplica confiada en la Madre insondablemente buena, misericordiosa, delante de la cual es inútil querer esconder cualquier cosa, porque Ella ya sabe todo mejor que nosotros.

¡Nuestra Señora es nuestra Madre y, por eso, nuestra primera y gran aliada en la lucha contra el demonio!

Así, nunca desanimemos, nunca perdamos la esperanza. ¡Pidamos una y otra vez, que la Santísima Virgen nos atenderá y nos liberará de nuestros defectos!

Ella dice a cada uno: "Hijo mío, sabes que a los pies del trono de Dios estoy yo, Madre del Verbo Encarnado, y que pido por ti, individualmente. ¡En esta crisis tuya, en esta dificultad tuya, en aquel problema tuyo, estoy yo pidiendo por ti, como si sólo tú existieses!"

(Extraído de conferencia del 19/2/1989)